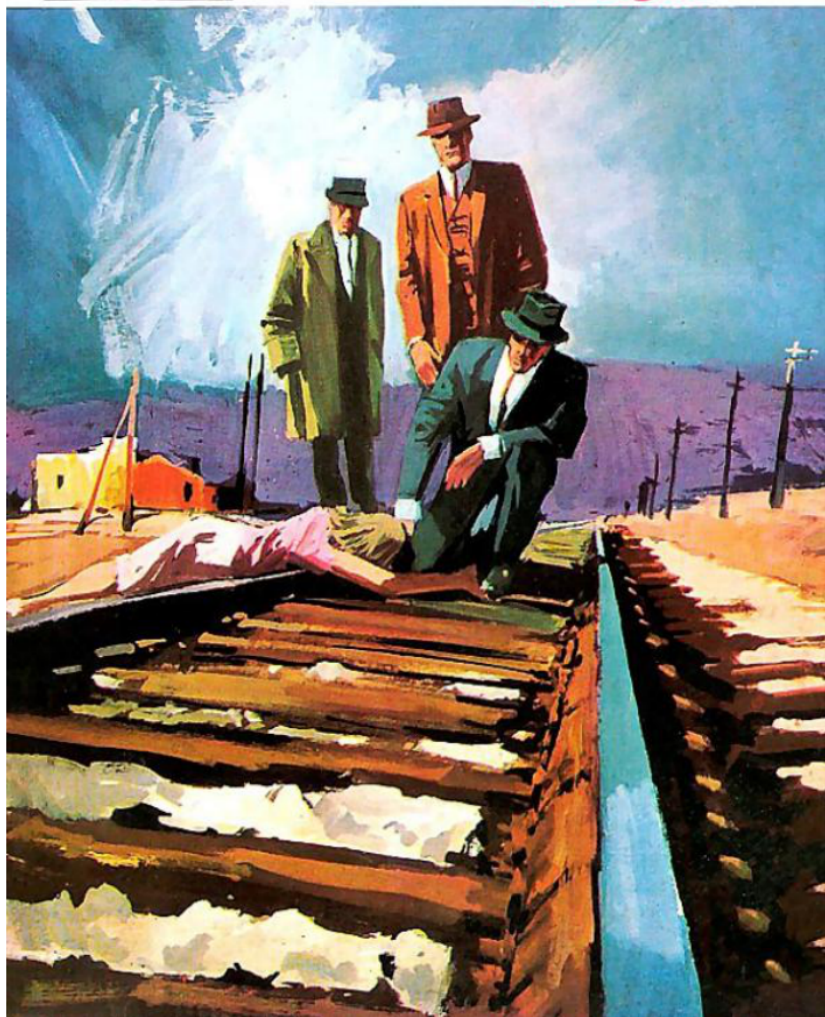


BOLSILIBROS
BRUGUERA

 SERIE
**PUNTO
ROJO**

show trágico

vic logan



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

«SHOW» TRAGICO

Colección PUNTO ROJO n.º 424

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito legal B 16.778-1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1970

© VIC LOGAN - 1970
sobre la parte literaria

© DESILO - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Cuatro años después...

Estoril, julio de 1969.

Los turistas llenaban la playa. El agua proporcionaba el frescor a las pieles tostadas por el ardiente sol del mediodía.

Desde la terraza del monumental hotel, bajo la sombra de las toldillas, algunos grupos tomaban refrescos, fumando y charlando alegremente.

Los camareros, impecables, iban y venían con las bandejas llenas de vasos, de botellas, de cubos con hielo.

Se oían murmullos de voces, risas alegres, cuchicheos, y podían verse espaldas tostadas, brazos y piernas bronceados después de largas horas de sol y frecuentes untos con pomadas adecuadas.

Algunos balandros surcaban las aguas y las blancas velas destacaban sobre el azul del mar.

Una muchacha joven, tumbada en una cómoda hamaca, miraba hacia el aire observando un reactor que descendía, indudablemente en dirección al aeropuerto de Lisboa.

A su lado un joven de parecida edad consumía vino de Algarve.

—¿Quieres un poco?

—¿Vino? Prefiero un *gin*-tonic —replicó ella.

—No sabes lo que te pierdes. ¡Anda, Pruébalo!

—¡No! —replicó ella.

Había sido una negación demasiado fuerte para que sonara natural. Algunas personas se volvieron a mirarla.

La muchacha seguía con la mirada en lo alto. El reactor había pasado y sus ojos sólo podían ver los últimos pisos del rascacielos del hotel.

—¡Nooo! —siguió gritando con todas sus fuerzas mirando hacia aquel punto indefinido.

Entonces su grito fue coreado por un escalofriante chillido y

muy pocas personas pudieron ver el cuerpo que caía desde el penúltimo piso del hotel.

El cuerpo chocó contra el suelo y quedó reventado. Era una mujer.

Una mujer joven y hermosa.

En el hotel figuraba registrada con el nombre de Fedora Spadaro, de nacionalidad italiana. Actuaba como cantante en una sala de fiestas de Estoril.

El coche cruzó veloz por la avenida da Libertade, poco después seguía por la *costa de sol* y no se detuvo hasta llegar frente al edificio del hotel.

El director había habilitado su despacho, poniéndolo a disposición de la policía.

El inspector Tavares atendió al agente que acababa de llegar con el vehículo.

Hablaron un momento a solas.

Después de un silencio, Tavares murmuró:

—La autopsia ha revelado señales de lucha previa. No se trata, pues, de un accidente, ni parece probable un suicidio. Alguien estaba con la señorita Spadaro cuando saltó desde la ventana del piso veinticuatro... Posiblemente el mismo «alguien» que la empujó.

Se hizo un silencio. Tanto el director, como el gerente y otros dos altos empleados del establecimiento no parecían dar crédito.

—Nunca había sucedido una cosa así... Y esa señorita llevaba sólo una semana. Nunca había dado ningún escándalo. Naturalmente, yo no puedo saber quiénes eran sus amistades ni si recibía a alguien en su habitación, pero me informaré si lo desea... —dijo el director.

—Hágalo, por favor. Quiero conocer el mayor número posible de detalles con respecto a la señorita Spadaro, durante su estancia en el hotel —replicó el policía.

—¿Algo más, inspector?

—Sí. Quiero una lista de todos los clientes del hotel en estos momentos.

El director asintió.

La investigación sobre aquel asesinato acababa de empezar.

PREFACIO

El redoble de los tambores hacía más patética la escena.

Las cuatro mujeres, jóvenes, llenas de vitalidad, hermosas y bien formadas caminaban en columna de a uno hacia el negro paredón.

El hombre del fusil ametrallador ordenó:

—¡Alto!

Las cuatro bellas, conscientes de su destino, quedaron inmóviles. Se volvieron hacia su verdugo, al que miraron con actitud suplicante.

De espaldas a la breve pared esperaron.

El hombre del fusil ametrallador se situó a escasos metros de ellas.

Apuntó.

El silencio era total.

Los tambores volvieron a redoblar rompiendo la quietud.

Otra vez cesaron.

Cuatro chillidos agudos se elevaron al cielo. Fueron cuatro gritos patéticos que quedaron ahogados con el tabletear del fusil ametrallador del hombre que acababa de apretar el gatillo.

Sí. El hombre había disparado.

En el sitio ocupado por cada una de aquellas muchachas apareció una columna de humo.

Cuatro columnas fugaces en el mismo instante de disparar. Después...

Después... como por arte de encantamiento en vez de cuatro cadáveres, aparecieron cuatro blancas palomas que revolotearon unos instantes por encima de la negra pared para desaparecer...

Se encendieron las luces.

En el pequeño escenario de la sala de fiestas, las cuatro muchachas aparecieron sonrientes mientras el público que llenaba el local aplaudía a rabiar.

El hombre del fusil ametrallador, con su extraño uniforme, ocupó el centro dejando a dos chicas a cada lado.

Era el gran Martín. Vincent Martín. El genial, el único, como proclamaban los carteles de propaganda.

Vincent Martín, que ocupaba toda la segunda parte del espectáculo del Bellvue Club, uno de los locales más cotizados de la ciudad, a dos manzanas del Picadilly Circus, en el corazón de Londres.

Los aplausos seguían atronando.

—¡Otro! ¡Otro!

Los gritos para que el gran Martín hiciera otro de sus experimentos se confundían con el batir de palmas.

Vincent Martín sonreía satisfecho. Estaba en su ambiente. Su número —sus múltiples números—, eran famosos en todo Londres.

¿Quién no conocía al gran Martín y sus *girls*?

Ilusionismo, baile, canto y buenos números circenses eran la base de su *show*, *único*.

Martin y las cuatro chicas se retiraron. El *speaker* salió levantando las manos pidiendo al público, que no había cesado de aplaudir, que le dejara hablar.

—Por favor, señores. Unos momentos de descanso para que nuestro gran Martin prepare su número cumbre. Mientras tanto, esas cuatro primorosas señoritas van a interpretarles uno de sus más aplaudidos números.

Nuevos aplausos.

Al otro lado de la brillante cortina azul, los encargados del escenario preparaban el número final.

El cuadro era todo un alarde de fuerza por parte de Vincent Martin.

El gran Martin, en otra de sus facetas, realizaba un ejercicio muy poco corriente en Londres.

Los habituales, o los que después de ver una vez el espectáculo, volvían para maravillarse, conocían bien de qué se trataba. Sabían que Martin, sin más ayuda que sus poderosos brazos, tirando de una cuerda que pasaba por una polea situada en lo alto de los andamios del escenario, izaba a las cuatro muchachas hasta la plataforma situada junto a las altas bambalinas.

El número terminaba con un enloquecedor baile donde se daban

cita todos los ritmos modernos más movidos y selváticos.

La orquesta atacó los primeros compases de la melodía que habían de interpretar las cuatro *girls* de Martin en el centro de la pista.

El público, entusiasmado, esperaba la aparición de aquellas muchachas, primorosas en belleza, en voz, en simpatía...

Sin embargo, las muchachas no aparecieron cuando los habituales esperaban ya su salida a determinado compás de la orquesta que respaldaba el espectáculo.

—¿Qué diablos ocurre? —murmuró más de una voz.

Las cuatro chicas estaban en el camerino que compartían en común.

Fedora Spadaro, la temperamental italiana, rezumando vigor por los cuatro costados, todavía no se había vestido.

Con el bikini, que venía a ser el forro de los distintos trajes que usaba durante las varias intervenciones, espetó una vez más:

—¡Que no! Que no salgo y no salgo... Y no me importa lo que pueda pasar. ¡Ese hombre está borracho como una cuba!

Maureen O'Connor, la pelirroja irlandesa, tras el silencio de las demás compañeras, asintió:

—Fedora tiene razón. Vincent cada vez está peor, y el número de la cuerda es muy difícil.

Las otras dos guardaron silencio. Una era la francesa Mylene Stavelot y la última la americana Doris Larman.

—Si vosotras queréis hacerlo, allá con vuestros huesos —siguió la italiana Fedora.

—Bueno... Es verdad que Martín últimamente bebe mucho, pero nunca ha ocurrido ningún percance.

—¡Yo no hago el número! —insistió Fedora Spadaro.

—Bueno... Creo que alguna vez deberíamos escarmentarle —adujo la irlandesa—. Prometió que no bebería más.

Mylene volvió la mirada hacia Doris.

—¿Qué piensas de todo esto, Doris?

—Sí, danos tu opinión —pidió Maureen.

Doris se encogió de hombros y esbozó una sonrisa.

—No sé... Naturalmente el número no puede hacerse sin todas nosotras... Si decidís no hacerlo, yo haré lo mismo.

—¡Claro! —estalló Fedora—. Tú trabajas por deporte. Te

encanta. Eres una chica de buena familia. No necesitas ganarte el sustento. Esto es un *hobby para ti...* ¡Saldrías gratis si se te antojara!

—¡Por favor! —intercedió Maureen—. No debes decir esto.

Doris miró a Fedora y con sus ojos cariñosos y comprensivos pareció disculparla:

—Estás nerviosa, Fedora, y no sé por qué siempre me has envidiado... Aquí somos todas iguales. Creo que ninguna podéis tener queja de mí.

—¡Es cierto, Fedora! A veces te pones insoportable —recriminó Mylene.

—¡Está bien, está bien! —replicó la italiana después de pensarlo mejor. Hizo un gesto desdeñoso y añadió—: Bueno... No he querido ofenderte. Pero haceos cargo todas... Yo trabajo para ganarme la vida, igual que todas... Bueno, o que casi todas, y no me gustaría que ese bruto que empina el codo nos dejara caer cuando estamos a diez metros del suelo. Recordad lo que ocurrió la última vez.

Ninguna de las otras tres respondió.

Todos pensaban en la noche anterior. Cuando faltaba medio metro para alcanzar la plataforma, a diez metros del suelo, Martín apenas podía con el peso de las cuatro y estuvo en un tris de sucumbir, soltando la cuerda.

Doris murmuró:

—Yo no diré nada. Pero siento compasión por Martín. Antes no era así. Algo ha debido ocurrirle.

—Esto es cuenta suya —rugió la italiana—. Éste es un trabajo como cualquier otro. ¡Y más pesado que muchos! Durante una hora no paramos, cantar, bailar, estar atentas a las transformaciones, dar volteretas... ¡Oh! Y siempre con segundos de tiempo para cada número.

—¡Un momento! —exclamó la irlandesa—. ¿No os parece extraño?

Tras un silencio, Mylene inquirió:

—¿Qué?

—Javis.

—¿El avisador? —preguntó la italiana.

—Debería habernos avisado. Hemos perdido casi cinco minutos hablando y ya deberíamos estar en la pista.

En aquel momento unos nudillos llamaron a la puerta de las

muchachas.

Enseguida apareció Javis, el pelirrojo y algunas veces aprovechado avisador.

—Chicas, hoy no trabajaréis. El gran Martín lleva una curda que no puede con ella. Se ha suspendido el final y tenéis que animar a la gente antes de que empiecen a romperlo todo.

Una voz surgió en el pasillo. Era una voz agitada, gutural, alguien que parecía no estar en sus cabales:

—¡Dejadme! ¡Maldita sea! Yo nunca he dejado de realizar un número.

Sí. Era Martín.

Iba dando tumbos de un lado para otro. El corredor le resultaba estrecho, pero seguía adelante hacia el camerino de las chicas.

—¡Vamos, vosotras! Ya deberíais estar en la pista...

Hablaba arrastrando las palabras, pero demostraba una férrea voluntad de continuar.

—¿Lo veis? —sonrió Fedora—. ¡No, gracias, no voy! ¡Ni canto más! ¡Se acabó!

Martín se plantó en el umbral de la puerta. Tras él había otros tres o cuatro hombres, empleados del local, el gerente, señor Dalmo, y se agregaron otras personas afines al escenario.

—¡Víboras! —exclamó Martín—. Sois vosotras... No queréis... No queréis saber nada de mí... Deberíais estar allí. ¡Vamos! ¡Salid de una maldita vez!

Tuvieron que sujetarlo, pero con un alarde de vigor Martín se separó de los que pretendían ayudarle a tenerse en pie.

Fedora desapareció detrás del biombo.

—Voy a vestirme y me largo. ¡Y nadie puede acusarme si me niego a trabajar con un borracho!

—Sois unas zorras... Unas zo... —jadeante trató de sujetarse en el marco de la puerta. No podía con su alma.

Se desvaneció, quedando tumbado contra el suelo.

Tres días después, en el despacho del señor Dalmo, empresario del Bellvue Club.

Vincent Martín era un perro con el rabo entre las piernas, mirada sumisa y aguardando el palo del amo.

Dalmo era el amo y le observaba duramente.

—Le dije que no volviera por aquí, Martín. Me ha hecho perder

mucho dinero y ya he cursado la demanda para que hagan un escarmiento con usted.

—Señor Dalmo, yo... Yo he pasado una crisis... Es algo que es largo de explicar. Le ruego que... Bueno. ¡Me portaré bien! Le doy mi palabra.

—¡Lárguese, Martín! No quiero volver a verle —fue la contundente respuesta de Dalmo.

Aquella tarde, en el lujoso apartamento que la americana Doris Larman posee en Chelsea...

Con uno de los más lujosos y caros modelos de Bond Street, Doris se dispuso a abrir la puerta después de que el timbre hubo sonado un par de veces con insistencia.

La sonrisa que tenía en los labios cuando abrió la puerta, desapareció al ver a su visitante.

—¡Martín!

—¡Déjame pasar, Doris! Necesito hablarte —exclamó el famoso *showman* caído en desgracia.

Ya no quedaba nada del hombre simpático, alegre y dicharachero que había formado aquel conjunto.

Vincent Martín era un hombre gris, apagado, atormentado.

—Doris, te lo suplico.

La americana le franqueó la puerta.

—Estoy esperando a Leslie.

—¡Oh, sí! Tu primo... Supongo que él no tiene nada contra mí.

—No, Martín, pero... En fin, pasa.

Martín dio muestras de nerviosismo. Se fijó en el bien surtido bar que Doris poseía en un rincón de la estancia.

—Siéntate si quieres —murmuró ella.

—No te importa que fume, ¿verdad?

Y, sin esperar respuesta, Martín buscó un cigarrillo y lo encendió con mano temblorosa.

—¿Y bien...? —empezó ella.

—Doris, tú... tú eres la más comprensiva, quizá porque nunca has necesitado trabajar...

—Bueno, Martín, esto empieza a parecer ya un reproche. Tengo un tío rico que costea mis gastos. Era hermano de papá y le remuerde la conciencia de que papá hubiese muerto pobre porque hubo algo poco limpio en una sociedad que fundaron ambos. A mí

esto no me importa porque son cosas del pasado, pero ese dinero que me manda mi tío procuro no tocarlo, ¿comprendes? Lo he dicho no sé cuántas veces. Trabajo porque quiero valerme por mí misma. Y me gusta actuar en público, se me da bien. No es sólo un *hobby*... ¿Está claro, Martín?

—Sí, Doris. Todo lo que tú quieras. Me gustas por... por tu forma de ser. Eres distinta. Otras, en tu lugar, con la renta que tienes querrían... Bueno, querrían hacer otras cosas; es muy loable que quieras trabajar...

Martín parecía no decidirse a hablar.

—¿Qué buscas en realidad, Vincent?

Un silencio prolongado, casi trágico, para que él repusiera:

—Trabajar otra vez... Si tú le hablaras a Dalmo... Si pudiéramos hacer otra vez todos los números juntos...

—Por mí, Vincent... no habría inconveniente. Pero ¿y las demás? Somos cuatro...

—Habla con ellas. Yo les hablaré también.

—Temo que no te hagan caso. Ya les prometiste portarte bien en otras ocasiones...

Él guardó silencio, luego miró profundamente a la joven.

—¿Me cierras la puerta, Doris?

—Yo no, Vincent.

—Bueno. No quiero importunarte más.

—Haré lo que pueda, Vincent, pero no confíes demasiado.

Él asintió.

Cuando ella le despedía en el umbral de la puerta llegó Leslie.

Leslie Garrett, primo de Doris, intentaba abrirse camino en el difícil mundo del espectáculo.

Leslie pretendía ser cantante.

—Hola, Vincent —saludó.

El *showman* le saludó con un gesto y desapareció por el rellano.

El primo de Doris pasó al apartamento.

—Estás preciosa, Doris. Como siempre.

—Gracias, Leslie. Tú siempre tienes una palabra amable.

—Digo la verdad. Además de guapa, eres afortunada. Dinero, éxito...

—¡Oh, Leslie! ¿Tú también?

—¿Yo?

—¿Es que todos creéis que trabajo simplemente por capricho?

—Podrías no hacerlo. Si no te bastara la pensión de tío Wallace, estoy seguro de que te la aumentaría.

—¡Leslie! Tú sabes que, mientras pueda ganarme la vida por mí misma, no tocaré ni un centavo de tío Wallace.

—Pero el dinero es bien tuyo.

—Sí. Y lo acepto sin remordimiento. Pero no lo gasto. Tío Wallace siempre se ha creído un superdotado, un hombre con más inteligencia que nadie. Hizo la vida imposible a papá y llegó a decirme que sin su ayuda todos nos habríamos muerto de hambre. Pues bien, yo pretendo demostrar que sin sus dólares también puedo vivir, y nada mal por cierto...

—Sí... Verdaderamente vives bien —sonrió Leslie—. Y en esto está tu buena suerte. ¡Oh! Y perdona si te he ofendido... Esta noche quiero llevarte a esa fiesta... ¿Qué tal mi nuevo *smoking*?

—Muy moderno —sonrió ella—. Tú también prosperas.

—¡Ojalá! —Y Leslie hizo una transición para añadir—: ¿Qué quería Vincent?

—Que interceda por él. En cierto modo me da lástima. Siempre se portó bien...

—¿Qué puedes tú hacer por él?

—Pedir a todos, incluso a Dalmo, que volvamos con el espectáculo.

—¿Lo harás?

—Creo que sí.

—Bien hecho, prima. Lo bueno de ti es ese corazón que de tan grande te sale del pecho.

—No exageres...

—Yo no conozco muy bien a Martín, pero me hago cargo de su situación. Nuestro mundo es difícil; envidias, zancadillas y todo el juego sucio que quieras... Cuesta subir, yo lo sé bien porque estoy en los primeros peldaños, y si cuando uno llega a lo alto, cae, el golpe es terrible.

—Es lo que pienso.

—Bueno, no nos pongamos sentimentales y vámonos a divertirnos, primita —sonrió él.

Y alegremente salieron de la casa.

Dos días después, en un restaurante de la ciudad...

De las cuatro mujeres, tres semejaban jueces dispuestos a emitir su veredicto.

Los encantos personales, la sonrisa habitual, los rostros jóvenes... Todo lo que las hacía adorables había desaparecido, para mostrar una expresión grave y severa.

Eran Fedora, Maureen y Mylene.

La cuarta de las reunidas era Doris Larman.

Doris se mostraba si no indiferente, por lo menos daba la sensación de que todo lo que allí sucedía estaba ya fuera de sus dominios.

En pie, mirándolas con una mezcla de burla y de desdén, se hallaba Vincent Martín.

—Lo suponía... Esperaba ese veredicto. Sois crueles. Pero me alegro... Así os perderé de vista para siempre... Porque, escuchadlo bien, no se os olvide: vosotras todavía me necesitáis. Creéis estar en la cumbre, pero os falta mucho camino. Yo os lo di todo hecho. Os enseñé a bailar, a moveros con gracia, a saber estar delante del público, que no es tan fácil como muchos creen... Si habéis logrado algún triunfo, ha sido gracias a mí y ahora, por un error, por un par de copas de más, me echáis a los perros. ¡Tiene gracia! ¡Yo! Yo que podía elegir entre otras mucho mejores que vosotras. ¡Yo! El que os decía cómo debíais hacer las cosas. El que podía despediros y llamar a otra que gustosa hubiese ocupado el puesto... Y ahora las cartas se vuelven y sois vosotras las que queréis prescindir de mí. ¡Pobres estúpidas! ¡Algún día lo lamentaréis! ¡Os juro que lo lamentaréis!

De la expresión desdeñosa, pasó a la amarga, a la divertida, para terminar golpeando la mesa con el puño y hablando en tono amenazador, duro, salvaje.

Llamó la atención de la concurrencia. Un camarero se detuvo cerca, creyendo sin duda que se disponía a golpear a las cuatro muchachas.

Procuró serenarse y miró a cada una con dureza, con frialdad y con odio.

—¡Os acordaréis! —repitió apretando los dientes—. Yo, Vincent Martín, volveré a triunfar. Volveré a hacerlo porque valgo. En cambio vosotras, porque os han ofrecido un número para vosotras solas, creéis que sois alguien y fracasaréis... ¡Os lo garantizo!

Ninguna replicó. Seguían todas impasibles mientras él, dejando

de hablar, volvía a mirarlas con expresión feroz.

—Buen servicio me has hecho, Doris... En vez de interceder por mí, has aceptado hacer ese número que será el hazmerreír de Londres.

—Vincent... —empezó la americana—. No sabes lo que dices. Yo...

Fedora atajó, hastiada:

—¡Déjale ya! Ya está bien de soportar sus impertinencias. ¡Lárgate de una vez!

—Fedora, Fedora... Y todas, todas os acordaréis de esto... —masculló Vincent entornando los ojos y mirando a cada una de las muchachas.

Maureen intervino:

—Escucha, Vincent... Te habríamos dado otra oportunidad, pero es Dalmo el que no quiere... Teníamos que aceptar su propuesta, de lo contrario nos quedábamos sin empleo.

—¿Por qué le das tantas explicaciones? —terció la italiana.

—Todo esto es muy lamentable, Vincent —murmuró Mylene—. Pero nosotras...

No pudo terminar porque él había dado ya la vuelta y se alejaba.

Era el cuarto día de actuación del International Cuartet, era el nombre que Dalmo había dado a las chicas que actuaban como atracción de segunda fila en sus distintas facetas de bailarinas y cantantes.

Leslie iba casi todas las noches y recogía a Doris al terminar el espectáculo. A pesar de que el joven parecía que gustaba de hacerlo, ella parecía tener un cierto temor porque...

Durante la semana que estuvieron ensayando, Vincent Martín parecía seguir a las chicas cuando se separaban. Un día a una, el otro a otra... Y también en aquellos últimos cuatro días rondaba el local.

Cierto que nada decía, no se metía con ellas, ni siquiera las saludaba, pero su actitud había llegado a inquietar a las muchachas.

A la media parte, cuando Leslie entró en el vestuario de las chicas, Mylene murmuró:

—Hoy también le he visto. Parece que nos acecha.

—Tal vez deberíamos avisar a la policía —intervino la italiana.

—No podéis acusarle de nada —terció Leslie—. No está

prohibido pasear.

—Pero debe de haber alguna ley que prohíba seguir a las personas —terció Maureen.

—Él dirá que no os sigue. Que es coincidencia. No temáis. A mí, en el fondo, me da pena.

—Ése es capaz de cualquier barbaridad —gruñó Fedora, que a pesar de su genio vivo, de las cuatro era tal vez la más insinuante, la de formas mejor dotadas; su belleza resultaba casi agresiva, tanto como su temperamento latino.

—¡Papá Leslie os protege a todas! —sonrió él—. ¡Ah! Y hoy he traído una sorpresa... ¡Saca eso, Doris!

—¡Casi se me había olvidado! —exclamó ella.

De un rincón del vestidor sacó una bolsa de papel con asas y del interior dos botellas de champaña francés.

—¡Eh! ¿Qué celebramos? —exclamó Fedora.

—Mi nuevo contrato. Uno de los mejores que se me han presentado... —explicó Leslie.

Se descorcharon las botellas. Bebieron con alegría y se olvidaron por completo de Vincent Martín.

Más tarde se reanudó el espectáculo y las componentes del International Quartet se dispusieron a hacer el número que cerraba su actuación.

Al borde del escenario, frente a los poderosos focos y con un telón aterciopelado de fondo evolucionaban en un combinado de canto y baile.

Los instrumentos de la orquesta sonaban detrás de la cortina.

Sobre sus cabezas, en lo alto, los focos interiores, graduables desde un lado del escenario, que impedían ver los andamios superiores, donde estaban sujetos los decorados a los distintos telares.

Si alguien hubiese vuelto los ojos hacia lo alto, habría visto a contraluz la silueta de un hombre que se movía ágil y silenciosamente.

Las enguantadas manos del personaje estaban manipulando en la palanca que accionaba una plataforma metálica.

Quitando el seguro de esa palanca la plataforma, que medía tres metros de largo, descendería vertiginosamente hacia el escenario. Su peso, aun no siendo mucho, caído desde aquella altura podía ser

el suficiente para matar a la persona que pillara debajo.

Debajo había nada menos que cuatro personas. Las cuatro chicas que en aquellos momentos actuaban muy juntas, cogidas por la cintura y moviendo las piernas hacia adelante en un clásico paso de revista.

La plataforma estaba a punto de soltarse.

Ellas seguían debajo.

Apenas un par de segundos y... ¡las aplastaría!

La mano soltó el seguro. La palanca cedió.

La plataforma, sujeta a los cables que la mantenían en lo alto, libre de los seguros, cayó desde arriba.

Surgió un grito.

Quizá alguien había mirado hacia arriba a tiempo, tal vez la Providencia realizó el milagro de que las condenadas fuesen advertidas.

La plataforma, en su vertiginosa caída, chocó con estrépito contra unos focos, derribó un telar.

Hubo chillidos, gritos, y el lógico intento de las cuatro muchachas de no ser alcanzadas.

Se soltaron. Cada una intentó huir de la muerte.

Cayeron fragmentos de cristales de los focos, un trozo de madera, el contrapeso de uno de los telones y al fin la plataforma, que rebotó contra el encerado escenario, saltando hacia la pista.

Se produjo un corto circuito y todo oscureció.

El griterío era ensordecedor.

Más tarde en el hospital...

Las ambulancias habían llevado al hospital a tres de las muchachas que habían resultado lesionadas.

Fedora Spadaro. El médico diagnosticó rotura en una de las extremidades superiores.

En la caída sufrió un golpe y se rompió el brazo derecho.

Maureen O'Connor. Luxación del hombro por el golpe producido por el madero al caer.

Mylene Stavelot. Contusiones y rasguños producidos por golpes recibidos y los cristales rotos desprendidos.

—No. No es grave —dijo el médico—, pero deberán estar inactivas unos cuantos días.

Doris, la única que había resultado ilesa, se limitó a murmurar:

—Pero... ¿cómo pudo ocurrir? ¿Cómo...?

—No. Yo no he sido. Lo juro —aseguró Vincent Martin.

La policía había ido a detenerle a su casa.

El inspector Overland replicó:

—Usted rondaba el teatro. Las señoritas le habían visto en varias ocasiones y anoche entró usted.

Vincent guardó silencio.

—No trate de negarlo. Esperó a que el portero abandonara su puesto unos instantes para colarse, pese a que el señor Dalmo se lo había prohibido.

Vincent confesó:

—Está bien. Es cierto. Entré... Pero yo no hice caer la plataforma.

—Usted estaba allí. Sabe incluso que fue la plataforma.

—La vi. La vi caer.

—¿Si no era culpable por qué huyó?

—Tuve miedo. Pensé... Bueno... Yo había amenazado a las chicas... Pensé que vendría la policía y Dalmo me había prohibido que entrara. Me asusté.

—Se asustó porque usted quería vengarse de ellas. He hablado con las tres lesionadas. Todas confirman sus palabras amenazadoras.

—No lo niego, yo mismo se lo he dicho. Yo...

Vincent parecía acorralado, le faltaban palabras.

Una y otra vez se limitó a decir que estaba «entre cajas» en un rincón procurando no ser visto, pero negó en absoluto que hubiera subido a los puentes de los telares.

—¡Usted no tenía que haber entrado! No puede justificar por qué lo hizo.

—Quería... quería verlas fracasar —contestó al fin—. Ellas no tenían derecho al triunfo... No tenían ningún derecho. Yo las había enseñado y me abandonaron...

—Y por eso intentó matarlas.

—¡No!

—¡Ha tenido suerte, Martin! —replicó el policía—. Porque si llega a morir alguna, la acusación contra usted habría sido de asesinato.

—¡No!

Se practicaron las pruebas. Las negativas de Vincent Martin no tenían fuerza suficiente.

Con todos los derechos y prerrogativas que la ley concede, el ex *showman* fue juzgado por asesinato frustrado.

Las cuatro muchachas prestaron declaración.

Ninguna pudo asegurar haberle visto, pero del personal del escenario sí hubo quien aseguró haberle observado en algún momento, y también el portero en su declaración dijo haberle visto huir por el pasillo que comunica con la salida de artistas.

La italiana Fedora aseguró, por su parte, que creía capaz a Vincent de una venganza y tuvo palabras duras para él.

Maureen no aseguró tanto, pero recalcó las amenazas que había proferido en el restaurante.

La francesa prefirió no manifestar ninguna opinión, igual que Doris, que ni ayudó ni perjudicó al acusado.

Al final fue pronunciada una sentencia condenatoria. Cuando Vincent era trasladado a los calabozos para su posterior conducción a la cárcel, pasó por delante de sus ex cuatro compañeras, y cuando Doris iba a acercársele para decirle algo, él con la mirada turbia, fría, llena de rencor, masculló:

—Ahora estáis satisfechas, arpías... Pero ahora o: juro que tendréis ocasión de arrepentiros...

Le empujaron hacia adelante.

Fedora se volvió:

—¿Habéis oído? ¿Qué hemos hecho nosotras? ¿Acaso le hemos acusado?

Doris murmuró:

—Piensa que hubiésemos podido ayudarle.

—¿Cómo? —preguntó Mylene.

—No sé... Tal vez incitando al jurado a la compasión.

—A mí no me importa que le condenen —espetó Fedora—. Él se lo ha buscado. Así nos dejará en paz...

—Pero no te ha hecho nada —protestó Doris.

—¿Y mi brazo roto?

Había pasado ya el tiempo suficiente para que le quitaran el yeso y Fedora no mostraba el menor rastro de la rotura.

—Pero él niega haberlo hecho.

—Bueno... ¿Por qué no le defendías antes? —replicó Fedora.

Doris calló. En el fondo tenía razón, había callado. Las cuatro mujeres se separaron.

Aquella tarde, en el Regency Club...

—¿De veras no crees que hice mal? —murmuró Doris a su primo.

—No pienses más en ello —replicó Leslie—. Tú no podías pronunciarte. No viste quién estaba allí arriba.

—¿Crees que Vincent pudo ser capaz?

—¡Oh! Éste ya es un hecho fallado, Doris... Los jueces ya han dicho la última palabra.

—¡Leslie! Es que da escalofríos pensar que alguien pueda desear a una la muerte... ¿No lo comprendes? ¡Es terrible pensar que Vincent hubiera planeado matarnos a todas!

—Tal vez únicamente quiso asustarnos o... quizá estaba ebrio.

—¿Y si de veras no fue él?

—Si lo que te propones es convertir la fiesta en un velatorio, creo que lo estás consiguiendo —replicó él de mal talante.

—Perdona, Leslie. Tienes razón, soy una tonta.

—Anda, vamos a bailar. No nos queda mucho tiempo para estar solos.

Bailaron.

Fedora, Maureen y Mylene no tardaron en llegar. Era la fiesta de la despedida.

Al término de la cena, Mylene murmuró:

—¿De veras estás dispuesta a dejar Londres?

Doris asintió.

—No quiero empezar de nuevo aquí. Creo que estoy cansada. Quizá en el fondo Fedora tiene razón al decir que yo no tengo que pensar en el dinero... Esto para mí ha sido una distracción. He hecho algo y he visto que podía hacerlo. Ha transcurrido una etapa de mi vida.

—Dalmo insistió mucho para que te quedaras —terció Maureen.

—No me gusta aquel local. Han ocurrido demasiadas cosas... Y tampoco me gusta Dalmo.

Fedora se volvió y enseguida agregó:

—Pues me parece que tendrás que soportarlo un poco más porque ahí viene.

Albert Dalmo, bajito, con poco pelo y una perenne sonrisa en los labios que pretendía ser simpática, pero la mayoría de las veces resultaba de un estúpido subido, se acercaba realmente a la mesa.

—¿Cómo sabía que estábamos aquí?

Maureen se acusó:

—Yo sé lo dije... Insistió en saberlo y...

Dalmo llegó hasta la mesa.

—Sentiría interrumpir.

Tuvieron la cortesía de dejarle sitio.

—Doris... —dijo después de aceptar una copa de champaña—. Es una lástima que nos deje. Usted deshace el número... Eso me hace pensar que ese maldito Martín se salió con la suya.

—No hable así de él —terció Mylene.

—¡Bueno! Fue él quien intentó matarlas, no yo...

—Señor Dalmo —adujo Leslie intentando cortar—. Ésta es una fiesta de despedida y tratamos de que no sea triste.

—Disculpen, y si les estorbo... Yo, en realidad, sólo vine a despedir a Doris.

—Ya lo hizo a su tiempo, señor Dalmo —replicó la aludida.

—Bueno. Pero ahora me han dicho que se va a los Estados Unidos.

—En efecto. Me voy a Nueva York.

—Puedo recomendarle a algún amigo... —empezó el empresario.

—Gracias. De momento no he decidido lo que voy a hacer —cortó ella.

Se hizo un silencio, como si la presencia de Dalmo hubiese cortado las ganas de charla. Doris se levantó.

—Bueno —dijo—. Tengo que hacer muchas cosas todavía. Espero que sepáis disculparme todos.

Leslie se levantó también. Era la despedida definitiva.

Allí terminaba el International Quartet, que de hecho había concluido sus actuaciones desde bastante antes.

Cuando el avión de la TWA partía del aeropuerto de Heathrow, en Londres, rumbo a Nueva York, tras las rejas de su celda un hombre, que siempre había proclamado su inocencia, seguía encerrado.

Doris volaba rumbo a los Estados Unidos.

Vincent Martín tenía toda una condena por delante.

Ella soñaba con la nueva vida que iba a emprender. Vincent ya no tenía sueños.

Doris no guardaba rencor a nadie. No cabía en su corazón aquella palabra, aquel sentimiento.

Vincent no podía sentir simpatía ni estimación por nadie. Era un ser solitario, taciturno, amargado.

CAPÍTULO II

Setiembre de 1969.

Venecia.

Rescoldos de un verano que se termina. Góndolas que pasean a turistas norteamericanos o ingleses, a parejas de recién casados.

La noche era tranquila, apacible.

En una de las embarcaciones pequeñas, un hombre y una mujer.

Ella radiante, mira el cielo estrellado. Es una mujer joven, hermosa y llena de vida.

Últimamente su nombre sonó bastante en la televisión británica. Era Maureen O'Connor, irlandesa de nacimiento, 26 años y una vida de éxitos por delante.

De espaldas al hombre que, bogando, se ha alejado del canal, sigue mirando al cielo.

—Soy feliz, muy feliz. No me arrepiento de haberme tomado estas vacaciones.

Él la rodeó por detrás, la besó la nuca levantándole los suaves y perfumados cabellos.

Ella se echó hacia atrás mostrando su cuello de cisne.

Las manos del hombre, finas, bien cuidadas, rodearon aquel fino cuello y apretaron, primero suavemente.

Después...

—¡Oh! —sonrió ella—. Me haces daño.

El hombre siguió apretando.

El rostro de ella cambió de expresión. Ya no sonreía. Era la suya una faz llena de pavor.

Su acompañante con un brusco movimiento, y sin soltarla, la derribó obligándola a caer al agua.

Maureen trató de gritar, pero las manos del hombre se lo impidieron, empujándola hacia abajo.

Su instinto la hacía emerger, luchando por deshacerse de aquella

terrible presión.

Pero las manos, aquellas tenaces manos asesinas, la empujaban hacia abajo, hacia abajo.

Pataleó, intentó con todas las fuerzas, que ya iban menguando, volver a salir para respirar, pero no pudo.

La fuerza de su inesperado agresor la mantenía sumergida.

Lentamente dejó de moverse. El agua penetraba ya en su boca y se deslizaba llenando sus pulmones.

Las manos dejaron de ejercer presión.

Maureen

O'Connor

fue lentamente hacia el fondo. Ahogada.

Su cuerpo apareció dos días más tarde flotando sobre un canal.

—Tuvo que ser desde una embarcación pequeña, de las que se alquilan para ser conducidas por los mismos usuarios —dijo el inspector Bonneti.

—Yo alquilo muchas embarcaciones —protestaba el interrogado. Estaban en el embarcadero. Era mediodía.

—Según la autopsia, esa joven murió hace tres noches. Recuerda, Pietro. Tuviste que alquilar una embarcación que luego regresó con una persona de menos.

—Le aseguro que no. ¿Por qué iba a mentirle, inspector? Pregunte a otros.

—Está bien. Pero si recuerdas algo anormal que hubiera sucedido esa noche, no dejes de avisarme.

Y el inspector siguió preguntando, pero los resultados fueron los mismos. Nadie sabía nada, nadie recordaba que ocurriese cosa anormal la noche del asesinato.

—¿Y si fuese un accidente? —preguntó uno de los subordinados del inspector.

—Escuche bien, Piscioti. Tengo algunos informes... La irlandesa era una excelente nadadora. Esto en primer lugar. Después... Había cenado a las siete en el hotel y por tanto llevaba un buen rato con la digestión hecha, ya que de haber sufrido un calambre por cortársele la digestión, no habría agua en sus pulmones, pero aún desechando esta hipótesis, hay otro detalle. Ella estaba citada con alguien que la llamó por teléfono al hotel. Nadie sabe quién es ese alguien, y es extraño que si era un amigo, al enterarse de su muerte por los

periódicos, no haya venido a conocer detalles. El subordinado del inspector quedó pensativo.

—¿Y cómo es que nadie les ha visto juntos?

—Esto puede tener una explicación sencilla. El hotel Rimordi, donde se hospedaba la inglesa, tiene embarcadero privado.

—Es cierto.

—Supongamos que el asesino la cite en el embarcadero. Él pudo haber ido previamente a alquilar una góndola y pasar a recoger a la joven sin que nadie le viera.

—Entonces habrá que preguntar cuántos hombres solos alquilaron una embarcación esa noche.

Bonneti se encogió de hombros.

—Desde luego, pero dudo que lleguemos a alguna parte, a menos que...

Más tarde en su despacho del puesto de policía, Bonneti repartía las órdenes. Primero conocer a todas las amistades de la estrella de la TV, enterarse de las visitas que solía recibir. Descripción de los amigos con los que había salido.

Era el comienzo de una investigación en toda regla.

La investigación del segundo de los asesinatos perpetrados en otro miembro de lo que un día fue el International Quartet.

¿Era simple casualidad, o aquellos crímenes respondían a algún plan hábilmente trazado?

CAPÍTULO III

Octubre de 1969.

París.

El locutor de la Radiotelevisión francesa, durante el boletín de noticias, anunció:

—Como anunciamos oportunamente, la estrella de la canción y también del cine, Mylene Stavelot, que el pasado día 14 tuvo un accidente de automóvil entre Cannes y Niza, sigue en el hospital y, aunque su estado sigue siendo estacionario, el doctor Morey confía en una pronta reacción favorable de la paciente.

Inmóvil en la cama del hospital, con la cabeza vendada, la guapa Mylene parecía no darse absolutamente cuenta de nada. Tenía los ojos abiertos, pero no hablaba, aunque sí parecía entender lo que le decían, algunas veces.

Su único alimento era el suero que gota a gota penetraba en su interior a través de la aguja clavada en una de sus venas del brazo derecho, después de recorrer la goma que arrancaba del depósito de plástico.

El doctor Morey la visitó por última vez antes de dejar el hospital.

Era de noche.

—¿Seguimos igual, doctor? —inquirió la enfermera encargada de su custodia.

—¿Cuándo terminará el gotero?

—Hasta mañana a las siete, poco más o menos.

—Póngale otro. Está muy débil todavía.

—¿Cree que se salvará?

—Eso espero.

Morey no era de los que suelen hacer juicios *a priori*, así, pues, cuando los hacía o daba una opinión es porque veía claras posibilidades. Así, pues, para los admiradores de Mylene Stavelot, las noticias no

podían ser mejores.

Las noticias fueron trágicas. Mylene había muerto inesperadamente. Morey casi no podía creerlo. ¿Qué era lo que había fallado?

Una autopsia breve, rutinaria y sobre todo destinada a buscar lo que parecía más probable dadas las circunstancias dio un resultado positivo: un fallo cardíaco.

Normal hasta cierto punto.

¿Normal?

Fue una casualidad. Sí. Una de esas extrañas casualidades que el suero que Mylene no había consumido cuando se descubrió su muerte, no hubiese sido echado al lavabo.

Incomprensiblemente los restos de aquel suero llegaron otra vez al laboratorio y un estudiante los utilizó para prácticas con animales, lo cual ya era más normal.

La muerte fulminante del animal fue el principio de todo. El motor se había puesto en marcha. La policía no tardó en saber lo ocurrido.

—Es fácil, con una jeringuilla, introducir lo que se quiera dentro de la bolsa de plástico que contiene el suero. Normalmente todos los medicamentos que lo admiten los mezclamos por este procedimiento —explicó el doctor Morey.

A mayor abundamiento el médico jefe, tras conocer la nueva circunstancia, había puesto el cadáver de la infortunada Mylene a disposición del gabinete de toxicología.

—Se procederá a la autopsia —dijo el comisario Cherrier—. Y entretanto, doctor, desearía tener una lista de las personas que últimamente han visitado a la paciente y en especial a las que tuvieron acceso la última noche.

Se iniciaba de nuevo un trabajo rutinario, partiendo de cero.

Si tratándose del asesinato en un hospital la cosa podía parecer más fácil de esclarecer, comenzaron a surgir las dudas, los caminos que no llevaban a ninguna parte.

Nadie había visto ni entrar ni salir a persona alguna en las últimas horas de aquella tarde, que según el doctor Morey y sus ayudantes eran las que podían ser determinantes para que el veneno introducido en la bolsa de plástico del gotero surtiera efecto.

Se estableció la hora *prima*, dando un amplio margen de tiempo, y dado que el veneno mezclado se introducía en el organismo en la parte proporcional de una gota, se dedujo que la persona que mezcló el tóxico tuvo que entrar por lo menos a partir de las siete de la tarde y fue precisamente a partir de esta hora cuando nadie pudo justificar visita alguna a la habitación de Mylene.

De nuevo el misterio más impenetrable se cernía sobre el caso.

Era la tercera víctima a la que unía a las demás el nexo común de la amistad y el haber formado parte de un número de variedades, cuatro años antes en el Bellvue Club de Londres.

¿Eran todos aquellos crímenes obra de la misma mano?

Habían ocurrido en naciones distintas: Portugal, Italia y finalmente Francia.

¿Viajaría la muerte a los Estados Unidos?

CAPÍTULO IV

Nueva York, unos días después...

En la calle 50, cerca del RCA Building, tres meses antes se inauguró una pequeña *boutique*.

Decorada con los modernos cánones de la moda, el establecimiento conocido con el nombre de Doris empezaba a tener cierta clientela.

Su propietaria era una mujer joven y elegante de gran presencia física y atractivo. Era Doris Larman.

Doris estaba examinando las últimas prendas recibidas, mientras una de sus dos dependientas las clasificaba, anotando las referencias.

La cascabelera campanilla de la puerta sonó, y la dependienta alzó los ojos para ver a través del cristal al cliente que acababa de entrar.

Estaban en la trastienda, y el cristal grisáceo permitía ver la parte de fuera sin ser vistos desde la tienda, ya que allí el cristal se convertía en espejo. Es decir, era uno de los llamados «espejos policías».

La dependienta murmuró:

—Ya está otra vez aquí ese hombre.

—Salga y diga que no estoy —replicó Doris lanzando un bufido.

La dependienta sonrió. Quizá pensaba que el hombre no estaba nada mal y que más de una muchacha le agradecería ser asediada por aquel individuo casi siempre sonriente, atlético, de buen porte, mirada risueña y un tanto cínica, pero siempre agradable.

—¡Vamos, Grace! Haga lo que le he dicho —insistió la dueña de la *boutique*.

La joven salió a cumplir el encargo.

Y pese a que desde la trastienda las conversaciones quedaban apagadas, sin posibilidad de ser escuchadas, mediante un

conmutador se ponía en funcionamiento un altavoz a fin de poder escuchar si se deseaba.

Doris accionó el conmutador.

La voz del joven pudo oírse perfectamente:

—¿De veras no está la patrona? Apuesto a que no quiere salir... Bien, por lo visto no le soy nada simpático. ¡Qué le vamos a hacer!

La dependienta quedó observando al joven. Tal vez deseaba echarle una manita, porque no tenía nada de antipático, ni de «pesado», como solía decir Doris, pero temía hablar o darle consejos porque imaginaba a la patrona escuchando a través del altavoz.

—Es todo lo que puedo decirle, señor...

—Y supongo que ahora me rogará que me marche, puesto que la tienda no es sitio para hablar, sino para trabajar —replicó él.

—Bueno, usted pregunta por la señorita Larman y yo le he contestado...

Desde dentro, Doris observaba al hombre.

¿Qué quería de ella?

Desde hacía una semana se lo encontraba por todas partes, y por si fuera poco se alojaba en el piso de enfrente. Al otro lado de la calle, en uno de los apartamentos del hotel allí existente. El Dorian.

«¿Una semana?», pensó Doris.

Sí. Lo recordaba porque precisamente dos días antes había leído la noticia de la muerte de Mylene Stavelot en un hospital de París.

Tenía el periódico en uno de los cajones de la mesa donde estaba examinando las prendas de la temporada. Maxi pantalones, minifaldas, ropa interior, chaquetones y algunas prendas de lujo, todo para señora.

Sacó el periódico y releyó la noticia.

Guardaba también un recorte del asesinato de Fedora en un hotel de Estoril, y en una revista que tenía en su apartamento de Central Park, estaba la última foto de Maureen ahogada en un canal de Venecia.

Sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo.

Volvió a mirar a aquel hombre que seguía en la tienda. ¿Por qué no se iba todavía?

¿Qué pretendía de ella?

Sí. Era atractivo, apuesto, pero...

No podía dejar de pensar en sus ex compañeras. ¿Sería ella la

cuarta víctima?

Procuró no pensar en ello. En general podía confiar en todos los que la rodeaban, pero aquel hombre...

No pudo más y salió de la trastienda.

—Si desea alguna cosa, señor, estamos aquí para atenderle. En caso contrario, le agradeceré no entretenga a mis dependientas.

—Hubiera ganado la apuesta —sonrió él—. Estaba usted... ¿Por qué es tan esquivia?

—Y usted, ¿por qué me sigue a todas partes?

—Ahora no la seguía. La vi entrar aquí y, como tengo que comprar algo para una chica, pensé que nadie mejor que usted podría indicarme lo más idóneo.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Bueno. Usted tiene una tienda y yo... no estoy muy al corriente de algunas cosas.

—La señorita Grace le atenderá —replicó ella un poco fríamente.

—No es muy amable con los clientes —sonrió él—. A propósito. Creo que no nos hemos presentado. Me llamo Maxwell *Cross*. Los amigos me llaman Max.

—Señor *Cross* —replicó ella—. La señorita Grace le atenderá tan bien como pudiera hacerlo yo.

—No tengo nada contra la señorita Grace, pero yo preferiría que me despachara usted.

Había una actitud de firme resolución de no moverse hasta conseguir lo que deseaba.

Doris pensó que el único modo de acabar era accediendo a sus deseos.

—Está bien. Siga con lo que hacía, Grace.

La otra dependienta del establecimiento estaba ordenando unas cajas en el otro mostrador y asistía a la escena sin hacer el menor comentario. Joven también, algunas veces se limitaba a sonreír.

Doris se enfrentó con el «cliente»:

—¿Y bien, señor *Cross*?

—No sé, se trata de un regalo...

—¿Su madre, su novia, su esposa...?

—Mi hermana —sonrió él tranquilamente.

Doris pensó que aquel hombre pertenecía a la clase de tipos tenaces, que nunca se dan por vencidos. Su mejor arma era la

simpatía, la sonrisa espontánea, pero todo ello como máscara de una dureza extraordinaria.

¿Qué pretendía de ella?

—¿Ha pensado en algo? —inquirió Doris en su papel de dependienta.

—El caso es que no... no suelo hacer regalos a mi hermana. Ha estado ausente mucho tiempo y la verdad no había ocasión; ahora quisiera algo que estuviera en consonancia con su edad. Tiene veintidós años. Siete menos que yo.

Acababa de decirle la edad, veintinueve. Era más o menos lo que aparentaba, aunque de hecho se veía muy hombre, varonil ciento por ciento y elegante pese a su natural descuido, un descuido que parecía estudiado y que complementaba su porte no exento de cierta distinción.

—¿No es usted de Nueva York?

—¡Oh, sí! Nací en Manhattan, pero viajo bastante.

—¿Viaja? —preguntó ella recelosa.

—Sí, viajo. También he estado ausente. Es cosa de familia. Nunca estamos demasiado tiempo en un mismo sitio. Bueno, mi hermana ahora tal vez sí se quede. Es escritora, ¿sabe? Estuvo en Hollywood pasando al cine algunas de sus novelas... ¡Oh, es una chica muy moderna! ¿Le da esto una idea de lo que puedo comprarle?

—No sé, algún objeto de bisutería fina. Uno de esos collares grandes que ahora están de moda.

—No me gusta la quincallería... ¿Qué tal esos kimonos japoneses que tiene en el escaparate?

—No están mal. Si cree que a su hermana va a gustarle.

—Usa la talla tres, es bastante menudita.

—Bien, le mostraré los diferentes modelos. ¿Tiene preferencia por algún color determinado?

—Pues... el verde, el verde claro. Es su color predilecto.

—Tenemos uno de muy bonito...

La venta se prolongó. Como comprador, Maxwell Cross no era pesado como la mayoría de las mujeres que nunca acaban de decidirse, pero en ningún momento dejó de mirarla.

Era ya casi la hora de cerrar cuando Maxwell tuvo listo el paquete.

—Si la esperara... ¿podría acompañarla hasta su casa? Tengo el coche en la esquina. He encontrado lugar para dejarlo.

—¿Por qué desea acompañarme? —inquirió ella.

—Pues... porque hacemos el mismo viaje y porque desde el primer día que la vi en la terraza de su apartamento me resultó usted muy atractiva.

—¿Siempre suele mirar a las chicas con prismáticos, señor Cross?

—No piense mal de mí. Yo miraba el panorama urbano. Lo que ocurre es que usted nunca me dejó que se lo explicara.

—Bueno, dejemos esto —terció ella.

—¿Lo ve? Déjeme justificarme, por favor. No vaya a creer que soy uno de esos tipos que necesita espiar a las mujeres. Le aseguro que no tengo ninguna necesidad de ello.

—Sí. Y hasta pienso que es de los que con una llamada telefónica le basta para concertar una cita.

—Bueno, señorita Larman, déjeme explicarle.

Ella se resignó, aunque en realidad no le desagradaba oír a Maxwell, por dos razones. Primero, porque hablando no resultaba nada desagradable y después porque estaba intentando averiguar qué era lo que en realidad deseaba de ella.

—Mire... Me había comprado aquellos gemelos pocos días antes y desde el piso doce, que es dónde está mi habitación en el hotel Dorian, se ve un bonito panorama. Recorrí con los prismáticos todo el contorno y usted era la única persona que estaba en la terraza. Me detuve un momento para mirarla y vi su rostro y me gustó. ¡Así! Me gustó... Y entonces usted se dio cuenta de que la observaba.

—Y no me gustó.

—Pero fue solo un minuto. Entonces traté de verla y disculparme, pero usted no quiso saber nada.

—¿Y durante todo estos días sólo ha tratado de verme para disculparse?

—Sí, y también para charlar con usted.

—Bueno. Olvidemos esto. Ya está disculpado.

—Me conforta oírlo.

—Adiós, señor Cross —sonrió ella, que parecía un tanto más tranquila, aunque no del todo convencida con respecto a las intenciones de Maxwell.

Él no se movió.

—¿Qué hay de ese paseo?

—¿Eh?

—Acompañarla a casa.

—Apuesto a que me esperará en la calle y me seguirá si no acepto.

Él sonrió.

—Suponga que tengo una cita —dijo ella.

—Pero no la tiene.

—¿Y usted qué sabe?

—Me lo hubiera dicho desde el primer momento.

—Está bien, señor *Cross*. Acompañeme a casa, y por el camino ya me dirá cómo se las arregla para aparcar su coche. Yo todavía no he podido conseguirlo ni una sola vez.

—¡Ah! Yo siempre consigo lo que deseo —replicó él.

Y ella pensó:

«Es lo que me imaginaba».

Salieron.

Él le indicó el otro lado de la calle, justo en la esquina.

Iban a cruzar, cuando Maxwell se volvió.

—Disculpe un momento; olvidé comprar cigarrillos. Aproveche para pasar ahora que está el semáforo abierto.

Se volvió hacia un estanco situado unas cuatro puertas separada de la *boutique*.

Doris iba a cruzar la calle cuando un coche aparcado unos cuantos metros más allá arrancó. Su conductor puso los focos largos y pisó a fondo el acelerador.

Doris se volvió, sobresaltada.

En aquel momento, Maxwell, dándose cuenta, soltó el paquete con el regalo que había adquirido en la *boutique* y se lanzó hacia la *muchacha*.

La empujó con fuerza y la obligó a dar dos zancadas. Luego la echó al suelo y quedó casi sobre ella.

El automóvil les pasó rozando, y poco después desaparecía en la esquina, pasando la luz roja del semáforo.

—¡Son unos asesinos! —gritó alguien.

—¡Parecía que lo había hecho adrede! —exclamó otra voz.

—¡Vaya forma de conducir!

—¿Se encuentra bien? —preguntó Maxwell a la joven.

—¡Oh! Por poco... Creí que...

—¿No tiene nada roto? —sonrió su acompañante.

—Supongo que no.

Se acercó un policía.

—¡Vamos, vamos, circulen! —recomendó.

Maxwell estaba ayudando a Doris a levantarse.

—¿Alguien ha tomado el número de la matrícula de ese coche?
—preguntó el agente.

—Desgraciadamente, me temo que no —replicó Maxwell.

—¿Necesitan algo? —Siguió el agente.

—Nada. Estamos bien. Vamos, señorita Larman. Ya compraré el tabaco en el hotel. Estará más segura a mi lado.

Y como ella cojeaba ligeramente, él la tomó del brazo después de recuperar el paquete.

Poco después, la ayudaba a subir al coche.

CAPÍTULO V

Maxwell había tenido que insistir poco para que Doris accediera a dejarle entrar en su apartamento.

—Veamos ese tobillo. Es una ligera contusión sin duda. Le daré un poco de masaje. Quítese la media y dígame dónde tiene el alcohol.

—En el botiquín. Está en el cuarto de baño. Es esa puerta de... Pero... Deje, ya se me pasará.

Maxwell insistió.

Poco después practicaba un concienzudo y paciente masaje en el tobillo de Doris, que aparecía ligeramente hinchado.

—Es verdad —dijo ella—. Ahora duele menos.

—Descanse. No se mueva en un buen rato.

Él se incorporó, ayudándola a extender la pierna, hasta dejar que el pie descansara en un montón de cojines que sacó del amplio y confortable diván.

—Señor *Cross* —murmuró ella sin saber ya qué pensar—. Creo que si no llega a ser por usted, aquel coche me hubiese atropellado.

—Sí. Vi cómo los faros la deslumbraban.

—Gracias.

—Se las acepto a condición de que me llame Max... No estoy acostumbrado a oírme llamar «señor *Cross*».

—Bueno —sonrió ella—. Sírvaselo algo. Encontrará una botella en la cocina. Está junto a la puerta del baño.

—Gracias.

Max pasó a la cocina. En el *office* había algunas botellas por descorchar; eligió una de *whisky*, buscó hielo y un par de vasos.

—¿Bebe usted?

—Antes algunas veces. Ahora hace mucho tiempo que no he probado el *whisky*.

—Le prepararé uno. Creo que le conviene. Se ha asustado usted,

Doris.

Él también decidió llamarla por su nombre de pila.

—Señor... ejem, Max. ¿Qué hace usted en realidad?

—¿Ahora? Pues preparando un *whisky*.

—Quiero decir a qué se dedica aparte de intentar ser amable conmigo.

—Estoy de vacaciones.

Escanció el líquido en dos vasos, dejando uno algo más alto que otro. Añadió hielo y mezcló con una cucharilla larga.

Ofreció un vaso a la muchacha, aconsejando:

—Beba un buen sorbo.

Ella lo tomó. ¿Qué pensar de aquel hombre?

Notó que el *whisky* le sentaba bien. En efecto, se había asustado. Y más que nada no por el accidente fatal que estuvo a punto de sufrir, sino por su significado.

—Tengo que avisar a la policía —decidió ella dejando el vaso e intentando ponerse en pie.

—¡No se mueva ahora! Su pie necesita descanso... Y explíqueme por qué desea llamar a la policía. ¿Por lo de hace unos momentos?

Él se sentó a su lado en el diván.

—Es una vieja historia —replicó.

—¿Una historia? ¿La persigue alguien? ¿Cree que lo de ahora ha sido realmente intencionado?

Tras un silencio, ella asintió:

—Sí —musitó—. Tengo motivos para creerlo.

Miró a su vecino, intentando descubrir algo en su rostro, alguna reacción, pero Max se mostró imperturbable.

Se produjo un silencio.

Él la miraba de la misma manera, como si fuera un ferviente admirador de su persona, de su belleza.

Antes de que ninguno de los dos pudiera romper el silencio, llamaron a la puerta.

—No se mueva. Yo iré —dijo Max.

Era un empleado de la Western Union. Traía un telegrama.

—¿Señora Doris Larman?

—Sí, es aquí.

—Tiene que firmar esto.

—Deme. Ella no puede venir.

Tomó el telegrama y lo llevó a Doris, que firmó la matriz.

Cuando Max regresó para devolverla al empleado, ella abrió el envoltorio y leyó.

Max dio una propina al empleado y regresó junto a Doris, que ya había leído el texto.

—¿Buenas noticias? —inquirió.

—Ni buenas ni malas —replicó ella—. Mi primo Leslie regresa de Bruselas.

—¿Su primo?

—Es cantante. Últimamente actuaba en Bruselas y anuncia su llegada para mañana.

—¡Ah! —replicó él.

—Bueno, Max, gracias por todo. De veras le estoy agradecida.

—¿Por qué me huía antes, Doris? —inquirió él.

—No le huía.

—Yo creí que...

—Max, una mujer no puede hacer caso a todos los desconocidos que la asedien.

—¿La asedian muchos?

—Apenas tengo amigos —sonrió ella.

—¿Ese primo...?

—Somos buenos camaradas.

—Entonces... ¿podré seguir viéndola? —inquirió él.

—No sé... Hace tiempo que no he visto a mi primo ahora. Posiblemente haya venido a pasar unas vacaciones.

—¿Y usted tendrá que acompañarle a todas partes?

—Él me lo pedirá.

—¿Es un cantante precoz? ¿Un niño prodigio? ¿No puede ir solo? ¡Oh, perdone, quizá me meto en lo que no me importa!

—Llámeme por teléfono, Max —rogó ella.

—Lo haré —prometió él.

Con un ademán le indicó que no se molestara, y él mismo se dirigió hacia la puerta.

Una vez en el rellano, fue directamente al ascensor.

Esperó a que subiera.

Cuando iba a entrar, un hombre salió de su interior. Max casi ni reparó en él.

Era un individuo de estatura mediana, tirando a bajo, con poco

pelo en la cabeza y ojillos escrutadores. Vestía con elegancia y tenía buen porte a pesar de su escasez física.

Doris conocía bien a aquel hombre porque durante bastante tiempo fue su empresario cuando ella actuaba en su local de Londres.

Era Dalmo.

CAPÍTULO VI

Albert Dalmo sonrió en el umbral de la puerta cuando ella, sorprendida por la visita, mostró su estupefacción en el rostro. Iba todavía con una media puesta y una pierna desnuda.

—¡Dalmo! —exclamó al fin.

—Imaginé que no se acordaba de mí, Doris. Ha pasado bastante tiempo.

—¿Cómo consiguió averiguar mis señas?

—Por su primo Leslie. Estuvo a verme en Londres y charlamos. ¿Y cómo no? Usted era frecuentemente tema principal de la conversación.

—Pase, señor Dalmo. Perdone que le reciba un poco... Bueno...

Él se había fijado en su pierna desnuda.

—Es que he sufrido un accidente.

—¡Oh! Celebraría que no fuese nada importante.

—Afortunadamente, no.

—Una muchacha tan... linda como usted y con su... Bueno, usted ya sabe que yo sólo elegía jóvenes con buena presencia para mis espectáculos.

Doris no contestó.

Dalmo, aunque serio en los negocios, indudablemente sentía debilidad hacia las mujeres y no excluía a las artistas que contrataba para sus espectáculos.

Aunque a ella concretamente nunca le había insinuado nada, recordaba a sus compañeras que algunas veces le habían hablado de las miradas, de las palabras de doble sentido, de infinitos detalles que a una mujer nunca le pasan por alto. Todo ello indicativo de que Dalmo parecía sentir una manifiesta atracción hacia las chicas, sobre todo las jóvenes y de cuerpo ondulante.

—¿Quiere tomar algo?

—No, no. No bebo. Será porque en mis locales se expende tanto

alcohol que he acabado aborreciéndolo... Me he limitado a hacerle una visita...

—¡Ya! Y me alegro —replicó ella.

En realidad, ni le agradaba ni le desagradaba la presencia de Dalmo.

Simpático no se lo había parecido nunca, pero tampoco tenía motivos para repudiar una visita de cortesía que siempre es de agradecer.

Él tomó asiento y ella se excusó, para ir a enfundarse la media que se había quitado a fin de que Max le practicara el masaje en el tobillo.

—¿De modo que mi primo le dio mis señas? ¡Bien! ¿Sabe que he recibido un telegrama ahora mismo anunciándome su llegada?

—¿De veras?

—Sí —replicó ella regresando de la separación *living donde se había sujetado la media*.

—Bueno... La verdad es que yo no he venido como turista... Tengo el proyecto de abrir un local en Nueva York y además quiero ver el ambiente... Supongo que usted no piensa en reanudar su carrera como cantante.

—¡Oh, no! Nunca lo hice pensando en la fama, ni para dedicarme a ello en el futuro.

—Sus antiguas compañeras sí se han dedicado.

El rostro de Doris se ensombreció.

—¡Dalmo! ¿No sabe usted lo ocurrido?

—¡Oh, sí...! Leí algo en los periódicos. Parece que la pobre Mylene ha sufrido un accidente...

—No ha sufrido un accidente, Dalmo. La han asesinado.

—¿Qué me dice?

La ignorancia de Dalmo le sorprendió.

—Y también las otras dos, Fedora Spadaro y Maureen O'Kelly.

—¿Asesinadas? ¿Las tres?

—Sí.

—¡Dios mío! No sabía nada. Se lo aseguro, Doris.

—Es extraño. Seguían siendo artistas, como usted bien ha dicho, y hasta habían prosperado.

—Leo poco las noticias, sobre todo las crónicas de sucesos. De veras me ha dejado usted anonadado, Doris.

Ella guardó silencio y observó al hombre de Londres, que después de un carraspeo, como si no supiera qué decir, inquirió:

—¿Y se sabe por qué las mataron?

—No, Dalmo. He buscado en los periódicos, pero después de la noticia todo ha quedado envuelto en la sombra.

—Bueno, algunas de esas chicas tienen líos... No es que yo me refiera a esas tres compañeras tuyas, pero... con el tiempo pueden haber cambiado. Antes eran chicas serias.

—En cambio, yo pienso que esos crímenes puedan tener alguna relación. Incluso iba a llamar a la policía antes de que usted llamara.

—¿Por qué?

—¿Es que no lo recuerda, Dalmo?

El hombre pareció recién caído de una nube. Se encogió de hombros y murmuró:

—¿El qué?

—A Vincent Martín. Nos amenazó cuando le encerraron después de aquel accidente en su local.

—¡Oh, sí! ¡El accidente! ¿Cómo voy a olvidarlo? Pero esa amenaza... No sé... ¿Acaso Vincent ha salido ya de la cárcel?

—No lo sé, y es lo que quiero averiguar.

—¿Cree que él puede tener algo que ver?

—Ya no lo sé. Antes, no. Yo hubiese concedido un margen de confianza a Vincent. Recuerde que incluso intercedí por él. Le pedí a usted que le dejara continuar, y usted se negó.

—¡Oh, oh! Aparte de que debo mirar por el buen nombre de mis locales, existía también la opinión de sus ex compañeras, cuya muerte usted acaba de comunicarme y yo lamento de veras... —Hizo una pausa y agregó—: Usted sabe que algunas de ellas tampoco estaban muy conformes con respecto a la reincorporación de Martín al número.

Ella lo admitió con un movimiento de cabeza en forma afirmativa.

—Sí... Sé que usted sentía cierta simpatía hacia Vincent Martin.

Ella guardó silencio. Al fin y al cabo era verdad. Doris sentía simpatía hacia Martin, y hacía todo el mundo, porque nunca había sido capaz de odiar a nadie o de ver mala intención en el proceder ajeno.

—Tampoco le creyó culpable del accidente...

—No sé. Entonces me pareció que no. Él lo negaba y... En fin, repito que no lo sé, pero después de esas muertes.

—Comprendo. Teme por usted —murmuró Dalmo.

—Algunas veces sí... Hoy mismo. Han intentado atropellarme y creo que no ha sido un hecho casual.

—Bueno, a veces las cosas más extrañas, por más ligazón que parezca que tengan, no la tienen y hay que buscar la explicación por otros conductos...

—Ojalá fuera así.

—No piense en ello, Doris. Mire... Es mi primera noche en Nueva York. Hace muchos años que no había estado aquí y esto ha cambiado bastante. ¿Qué le parece si usted y yo fuéramos a cenar a algún sitio?

—Se lo agradezco, Dalmo, pero esta noche preferiría...

—Comprendo. No siente deseos de salir.

—Tal vez en otra ocasión —sonrió ella.

—Sí, tendremos tiempo. Claro que si llega su primo, la acapará a usted. Cuando estuvo en Londres, Leslie casi nunca la dejaba.

—Leslie tendrá cosas que hacer aquí.

—La llamaré por teléfono en otro momento —prometió Dalmo poniéndose en pie.

—Cuando guste.

—¿Trabaja usted en algo?

—Tengo una tienda en la calle Cincuenta. Una *boutique*.

—¡Oh! ¿Buen negocio?

—No va mal.

—Bueno, supongo que usted no lo necesita mucho. Su primo me dijo que el tío de ustedes había muerto.

Ella asintió.

—Y tengo entendido que toda su fortuna se la dejó a usted.

—Sí.

—Bueno. Es un consuelo, después de todo...

—Sí, Dalmo. Soy rica y el futuro no debe preocuparme.

Él volvió a mirarla largamente. Sus ojillos penetrantes parecían desnudarla.

Doris sintió el peso de aquella mirada, que no podía satisfacerle

por lo que de interesada parecía tener.

Ella le acompañó hasta la puerta, pasando delante.

Doris se volvió, tendiéndole la mano.

—Adiós, Dalmo. Y gracias por su visita.

Era una forma de cortesía. El saludó con una leve inclinación de cabeza, reteniendo unos instantes la fina mano de la muchacha entre las suyas.

Salió al corredor.

Cuando llegó el ascensor, las cosas ocurrieron igual que la vez anterior, pero al revés.

Ahora era él —Dalmo—, el que se disponía a bajar y Max el que llegaba al piso.

Salió del ascensor sin mirar apenas a Dalmo y se encaminó hacia el apartamento de Doris.

Dalmo se quedó un instante en el umbral de la puerta del ascensor.

Vio cómo Max llamaba.

El joven se volvió y Dalmo disimuladamente entró dentro del ascensor, cuyas puertas automáticas se cerraron.

Sin embargo, el empresario no descendió hasta la primera planta, sino que se detuvo en el piso inferior para bajar y volver a subir a la planta de Doris y observar atentamente la puerta de su apartamento, donde Max había entrado ya.

CAPÍTULO VII

—Juraría que me había olvidado el encendedor —dijo Max mirando por encima las dos mesitas y por el diván.

—No he visto nada —replicó ella.

—Déjeme ver —insistió el joven, y pasando la mano por entre el respaldo y el asiento del sofá, lo sacó con expresión triunfante.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. Debí caérseme cuando estuve sentado. Siento haberla importunado, aunque lo que realmente no puedo sentir es haberla vuelto a ver.

Ella pensó que lo del encendedor pudo haber sido un pretexto.

Le acompañó hasta la puerta, mientras él le preguntaba:

—¿Qué tal ese tobillo?

—Mucho mejor. Casi no me duele.

—Y anda perfectamente.

—Sí.

Se miraron unos instantes.

—Doris... Puesto que se encuentra bien, ¿puedo invitarla a...?

—Se quedó mirándola sin concluir; ella parecía esperar aquella invitación, presentirla y quizá también había pensado en la respuesta.

—Bueno, si me mira con esa cara no podré formularle la petición —añadió Max acentuando su sonrisa.

—Esta noche no, Max. Se lo agradezco.

—No insisto, Doris, por hoy... Pero no se librará fácilmente de mí —replicó él, y decididamente cruzó el umbral de la puerta, para avanzar hacia el ascensor.

Un momento antes lo había hecho Dalmo. Al ver que la puerta se abría, el empresario se metió dentro y pulsó el botón para descender.

Max utilizó el otro ascensor contiguo al que había usado Dalmo.

Cuando estuvo en la calle no pareció fijarse en absoluto en los

escrutadores ojos de Dalmo, que dos puertas más allá le estaba observando mientras el joven cruzaba la calle para entrar en el edificio ocupado por el hotel Dorian.

Dalmo pareció tomar muy buena nota de ello.

Max, por su parte, se trasladó al piso doce del hotel, y poco después se encerraba en su habitación.

Del cajón de una mesa extrajo una libreta de cubiertas negras y pasó las primeras páginas, donde había varias anotaciones, como si se tratara de una agenda.

Se detuvo en uno de aquellos apuntes.

Allí estaban anotados irnos nombres y unas fechas. También unos lugares.

En síntesis lo más sobresaliente podía resumirse de la siguiente manera:

Fedora Spadaro: Estoril (Portugal)

Maureen O'Kelly: Venecia (Italia) *Mylene Stavelot*: París (Francia)

Luego seguía un cuarto nombre:

Doris Larman.

Nada más.

Cerró la libreta y quedó pensativo. Luego su rostro se iluminó con una sonrisa enigmática.

Dejó de nuevo la libreta en el interior del cajón.

Posiblemente, Doris habría pasado una noche bastante inquieta de haber sabido que su solícito vecino de calle poseía aquellos datos anotados, y se hubiera preguntado por qué los poseía.

Más tarde, cuando el tránsito de la calle había desaparecido, cuando las gentes estaban ya en sus casas, viendo la televisión o a punto de acostarse, alguien, en la oscuridad de algún lugar próximo al edificio donde vivía Doris Larman, estaba observando el piso número doce, y buscaba afanosamente las ventanas del apartamento de la joven.

Era un hombre cuyo rostro en la oscuridad resultaba imposible

distinguir.

Llevaba un gabán oscuro, sombrero bien encasquetado y usaba guantes.

Con unos prismáticos siguió las cuatro ventanas que componían el apartamento de Doris.

Dos estaban apagadas, y las otras dos mostraban luz. Eran las de su dormitorio.

A través de la vaporosa cortina de fibra, podía verse la silueta de Doris con ropas de dormir.

Estaba haciendo algo, porque fue de un lado a otro de la habitación.

Luego desapareció más al fondo y el que estaba observando ya no pudo verla, porque la disposición del cuarto impedía ver desde fuera el lugar que ocupaba la cama.

Ella se había acostado.

La luz todavía permaneció abierta durante unos instantes.

El observador siguió en su puesto.

De pronto la luz de la habitación de Doris se apagó.

El hombre que había estado pendiente de aquella ventana, enfundó sus prismáticos en el estuche y los guardó en uno de los bolsillos del gabán.

Luego dio la vuelta y se dirigió hacia el fondo del terrado.

¡Era la azotea del hotel Donan!

CAPÍTULO VIII

A la mañana siguiente, Doris decidió ir a esperar a su primo.

Como de costumbre, el aeropuerto Kennedy era un hervidero humano. Las modernas líneas del amplio edificio, su funcionalidad, sus amplios salones pasaban desapercibidos por la inmensa mayoría de viajeros que se dirigían a tomar el avión como si se tratara de un taxi.

Gente que llegaba y salía, y en las pistas los reactores guardando turno para salir, como si se tratara de un gigantesco aparcamiento de coches después de la salida de una confrontación deportiva.

En una de las salas de espera apareció Leslie, mientras la joven estiraba el cuello para tratar de localizar a su primo.

—Supuse que vendrías, y te lo agradezco...

—¡Creí no encontrarte! Cada vez hay más gente —replicó ella.

Leslie besó cariñosamente el rostro de Doris.

—Esto va quedándose pequeño... Pero es agradable volver al hogar.

—¿Y tu equipaje?

—Lo mandarán directamente al hotel.

—¿Al hotel? ¿Por qué no ocupas la casa de Long Island? Yo no la necesito para nada.

—¡Oh, querida! Voy a pasar muy poco tiempo en Nueva York. Unas cortas vacaciones. Necesitaría servicio y muchas cosas. Es mejor el hotel.

—Como gustes.

—¿Has traído el coche?

—¿Cómo sabes que tengo coche?

—Eres millonaria y siempre has sido amante de las comodidades... De todos modos, si no te has comprado ninguno, tomaremos un taxi... Supongo que por lo menos me invitarás a almorzar.

—¡Tonto, claro que sí! Y tengo coche. Lo que ocurre es que no lo utilizo nunca. No hay forma de aparcar.

—A propósito, ¿qué tal tu *boutique*?

Hasta llegar al auto, que Doris había estacionado en el monumental aparcamiento, charlaron de diversas cosas más o menos trascendentales.

Leslie llevaba mucho tiempo ausente y a ella le agradaba tenerlo en Nueva York.

Inevitablemente, mientras conducía rumbo a la ciudad, le explicó los últimos acontecimientos, sobre todo sus temores con respecto a las tres muertes ocurridas desde el mes de julio último.

—Humm —murmuró él con gesto grave—. ¿Has avisado a la policía?

—Estuve tentada de hacerlo. Sobre todo, desde lo de ayer.

—¿Pero no avisaste?

—Dalmo me dijo que podía ser casual. Además, ignoro si Vincent Martín sigue o no en la cárcel, y si no es él quien ha matado a mis ex compañeras, el asunto entonces no tendría relación. ¿No te parece?

—De todos modos, no estaría de más que hablaras con la policía. Si quieres, yo mismo te acompañaré.

—Te lo agradezco, Leslie, pero lo cierto es que a veces me da cierto reparo... Según las estadísticas, en Nueva York hay un porcentaje aterrador de crímenes. La policía puede decirse que no da abasto... ¿Crees que sacaré alguna cosa?

—Puedes pedir protección. Bueno... A fin de cuentas, lo que conviene averiguar es lo que hay sobre Vincent Martin, aunque imagino que sigue en la cárcel.

Ella siguió conduciendo ya cerca del túnel bajo el Hudson. Poco después, se encontraría mezclada entre el aterrador tráfico neoyorquino, en un momento que se hacía muy difícil circular.

—No sabía que Dalmo hubiese venido... Hubiese podido hacer el viaje con él, pero la última vez que le vi no me habló de nada.

—Pues ayer estuvo a verme —repitió la joven.

Luego se produjo un silencio. Doris precisaba de todos sus sentidos para conducir el auto por las atiborradas calles de Manhattan.

Más tarde conseguía introducir el vehículo en el garaje

particular del edificio, instalado en los sótanos del mismo.

Desde allí tomaron ambos el elevador.

El almuerzo había terminado.

—¿Estás dispuesta a que vayamos a la policía? —murmuró Leslie después de tomar un sorbo del humeante y oloroso café que su prima había preparado.

—Sí, Leslie. Estaré más tranquila.

—Yo no estaré siempre aquí para poder protegerte —replicó él —, y cuando me marche de nuevo, me quedará más tranquilo.

—Voy a arreglarme un poco.

—Yo sacaré la mesa, en justa compensación a este magnífico almuerzo.

Entonces sonó el teléfono y, cuando ella se volvía para dirigirse a la mesita a cogerlo, Leslie se anticipó.

—Voy yo. No te molestes.

Tomó el auricular y preguntó:

—¿Quién es?

Nadie respondió del otro lado.

—¡Diga! —repitió Leslie.

Ella apareció por el umbral de la puerta del baño.

—¿Quién es?

Leslie se encogió de hombros.

—¡Diga! —insistió.

Al otro lado seguía el silencio. Luego un chasquido característico que hizo inútil la insistencia de Leslie.

—Han colgado.

Ella quedó pensativa.

—¿Qué ocurre?

—Nada, nada...

—¿Te han llamado otras veces sin que nadie se ponga? —preguntó Leslie.

—No, pero tengo miedo... Presiento que me están cercando e ignoro quién puede ser.

—Date prisa. Se impone que vayamos a la policía a solucionar esto de una vez —repuso él.

De una cabina telefónica se alejaba alguien.

Era un hombre de ancha espalda. Llevaba una gabardina color

beige y un sombrero oscuro.

Se perdió entre el tráfico de Central Park, para tomar la dirección de la casa de Doris Larman.

CAPÍTULO IX

—Preguntaremos a Londres —dijo el teniente Smith, de la doceava brigada de detectives de la policía de Nueva York.

Tomó algunas notas y levantó los ojos para mirar a la pareja que tenía ante sí.

Leslie insistió:

—Esos tres crímenes ocurridos en distintos países pueden tener el mismo nexo común y mi prima pudiera ser la cuarta víctima. Explícales cómo anoche estuvieron a punto de atropellarte.

—¿Qué ocurrió, señorita? —inquirió el teniente.

Ella, que había referido el suceso a su primo, lo repitió al policía, que escuchó atentamente.

—¿Iba sola?

—No... Precisamente quien me salvó fue un vecino... Bueno, vive en un hotel de enfrente de mi apartamento.

—¿Cómo se llama?

—*Cross. Max Cros. Maxwell.*

—¿Es muy amigo suyo?

—No. En realidad ayer fue el primer día que me acompañó. Vino... vino a comprar unas cosas en mi tienda de la calle Cincuenta.

A nuevas preguntas del teniente, ella manifestó la imposibilidad de tomar la matrícula del coche que se le había echado encima, pero insistió en que parecía algo premeditado.

—¡Y lo de esa llamada telefónica! —Hizo hincapié Leslie.

—Lo tendremos todo en cuenta —replicó Smith.

—Entonces, ¿vigilarán a mi prima? —inquirió Leslie pertinaz.

—Bueno, veré lo que puedo hacer... Piense que en una ciudad de diez millones de habitantes, recibimos diariamente más de mil peticiones de protección. No es posible atenderlas a todas.

—Pero éste es un caso importante. Existe el precedente de esos

tres crímenes —exclamó Leslie.

—De acuerdo. Déjeme averiguar primero algunas cosas. Ya que, según ustedes, ése... Vincent Martín profirió amenazas, y al parecer es el único al que señalan como presunto culpable, debo saber primero algo más de él. Esto traerá algún tiempo. Procuraré que sea el menos posible.

—Haga lo que pueda —pidió ella.

El policía volvió los ojos hacia Leslie.

—Supongo que usted no se apartará demasiado de su prima.

—Desde luego.

—Bien. En este caso el asesino, si de verdad existe tal asesino único... quiero decir si usted es la cuarta víctima como teme, el criminal se abstendrá de actuar si la ve acompañada...

—No la dejaré —prometió él.

—¡Ah! Y por las noches, si queda sola en casa, no abra a desconocidos ni concierte cita alguna con nadie que no sea de su absoluta confianza, y aun así desconfíe... ¿De acuerdo?

Ella asintió.

Leslie reiteró la importancia del asunto y el policía con deseos de complacerles pero también que le dejaran trabajar, les acompañó hasta la salida, palmeando la espalda al cantante.

—Anden, vayan, vayan. Todo se arreglará.

Ya en la calle, fueron dando un paseo.

Leslie murmuró:

—Ya lo has oído. Mientras tanto, yo seré tu protector.

—Tú tendrás cosas que hacer, y yo he de ir a la tienda.

—¿Quieres que te haga compañía? —preguntó él.

—¡Claro que no!

—Pasaré a buscarte en cuanto salgas. Entretanto, daré un paseo por Nueva York. Hace tanto tiempo que no he estado...

Un taxi les condujo hasta la calle Cincuenta. Allí se despidieron.

Puntual a la cita y fiel a su promesa, Leslie estaba de vuelta cuando ella cerraba la puerta del establecimiento a las cinco y media de la tarde.

Entre la multitud de la calle Cincuenta, alguien desde uno de los callejones que servía de separación a dos edificios próximos estaba atento a la puerta de la *boutique*.

Era Maxwell Cross.

Cuando Leslie invitó a subir a su prima a un coche, Max tomó el suyo.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Doris.

—Lo he alquilado —replicó él—. Tal vez realice algunas excursiones y resultará más cómodo... Supongo que me acompañarás.

—Yo no puedo dejar la tienda.

—¡Pero, prima! Tú no necesitas trabajar.

—Pero me gusta hacerlo.

—Tío Henry te dejó un buen pico. ¿Todavía no te decides a gastarlo?

—Ahora es distinto. El dinero es mío, puesto que me lo ha dejado a mí, pero no por ello voy a echarlo por la ventana alegremente. Me gusta más lo que hago. Sin tanto dinero he viajado, he visto mundo y me he divertido.

—No eres tan vieja. ¿Veinticuatro años?

—He cumplido los veinticinco, pero no se lo digas a nadie —bromeó ella.

De repente su rostro se ensombreció.

—¿Qué ocurre? —murmuró él atento al tráfico.

—Parece que un coche nos sigue... Sí. Creo que es el de... el de Max.

—¿Quién es Max?

—Te hablé de él.

—¡Ah, el que vive en el hotel! ¿Qué diablos puede querer?

—No sé...

—Veremos si de verdad nos sigue.

Leslie viró a la derecha bruscamente sin hacer funcionar el intermitente, y aceleró lo que le permitió el tránsito.

Volvió a girar a la siguiente manzana, y después de seguir dos travesías más, dio una curva de ciento ochenta grados para retroceder y enfilarse una calle transversal a la derecha.

Más tarde, a través del Lincoln Tunnel, salía al otro lado del Hudson.

—No. Ahora no está —murmuró ella.

—Me pareció que durante un rato nos vino detrás —objetó Leslie.

—Quizá le has despistado.

—Me gustará decir cuatro cosas a ese tipo —refunfuñó Leslie.

—No, déjalo —rogó ella—. Recuerda que anoche me salvó. Pudo dejar que me atropellaran. Si él tuviera algo que ver, no lo habría hecho.

—Puede tratarse de un ardid para que te confíes. Recuerda tú también lo que dijo el teniente Smith esta tarde, que no debes fiarte de nadie.

Ella quedó pensativa.

CAPÍTULO X

No fue necesario que Leslie se dirigiera al hotel para hablar con Max.

Apenas salieron del ascensor en el piso doce, para dirigirse al apartamento de Doris, Max asomó un momento por la puerta que comunicaba con la escalera.

—¡Es Max! —exclamó ella.

—¿Qué diablos estaba haciendo aquí? —exclamó Leslie, y se lanzó en su persecución.

Max había desaparecido tras la puerta y bajaba rápidamente la escalera.

Leslie iba detrás de él.

—¡Eh, deténgase! —gritó el primo de Doris.

Max, sin hacerle caso, llegaba ya a la planta décima y continuaba bajando.

—¡Eh, amigo! —volvió a gritar Leslie.

Max, al llegar al piso noveno, entró por el corredor que distribuía los apartamentos.

Quedó un momento en medio del pasillo, como si se orientara. Al fin decidió dirigirse hacia uno de los ascensores, en el momento en que éste arrancaba hacia abajo.

Llamó desesperadamente al otro, pero estaba por la planta veinte.

Por el fondo llegaba corriendo Leslie.

Max se dirigió entonces a la escalera del otro lado del corredor, para seguir su marcha a pie.

Leslie ya le había dado alcance.

Max todavía hubiera podido seguir adelante, pero optó por volverse, ya en el rellano de la escalera, al otro lado de la puerta que le separaba del corredor, y exclamó:

—¿Qué diablos quiere?

—Las preguntas voy a hacerlas yo... Esta tarde nos ha estado siguiendo.

—¿Eh?

—No finja, *Cross*. Mi prima me ha dicho su nombre. ¿Qué buscaba usted en el piso de Doris?

—Oiga, amigo. No sé lo que se figura, pero...

—¡Escuche! —Leslie cogió por las solapas de la gabardina a Max y con fuerza lo atrajo hacia sí—. Deje en paz a mi prima. Apártese de ella.

—Suélteme —rogó suavemente Max.

—Le soltaré en cuanto me dé su palabra de que va a desaparecer de aquí, para no volver nunca más.

—Me está arrugando.

Leslie, lejos de soltarle, le atrajo con más fuerza.

—¿Me ha oído?

—Yo sí, pero usted no... Y ya me ha hecho perder demasiado tiempo.

Con agilidad extraordinaria, y una llave precisa, Max se soltó de la presión y Leslie vio cómo sus manos quedaban separadas contra su voluntad y lejos de las solapas de Max.

Inmediatamente reaccionó y soltó su puño derecho contra el mentón de Max, pero éste paró el golpe con magnífica habilidad, para soltar al mismo tiempo un zurdazo al estómago de Leslie que le hizo proferir una exclamación de dolor.

De nuevo conectó la derecha en la mandíbula del primo de Doris, que saltó varios escalones hasta chocar contra la pared del tramo largo de la escalera.

Jadeante respiró profundamente, y tomó impulso para lanzarse contra Max, pero éste le detuvo.

Se abstuvo de golpearle, bloqueando su cuerpo con un hábil juego de brazos.

Leslie intentó buscar un hueco por dónde colocar su golpe, pero Max hizo alarde de su destreza en llaves especiales y asiéndolo por ambos brazos le inmovilizó.

—¡Y ahora pórtese bien, de una maldita vez! —exclamó.

—¡Oiga! —protestó Leslie sin apenas fuerzas.

Doris apareció en el umbral de la puerta, jadeante por la carrera que había realizado.

—Quietos... ¿Qué es lo que pasa? —exclamó.

Antes de soltar a Leslie, Max lo pensó un poco.

—Déjele, por favor —rogó ella más suavemente.

Max accedió y Leslie quiso aprovechar la circunstancia para tomarse el desquite.

Disparó un potente directo, pero Max parecía haberlo previsto y esquivó, tirando a la vez del brazo de su antagonista.

Leslie cayó contra los escalones, lanzando un gemido.

—Tiene un primo muy agresivo.

Ella avanzó para ayudar a Leslie a levantarse.

Max contribuyó también.

Leslie se sentó al fin en un peldaño.

—¡Y todavía confías en él! ¡Pregúntale por qué diablos nos estaba siguiendo!

Max sacudió la cabeza de un lado a otro, como mostrando impotencia para la respuesta.

Ella le miró a los ojos interrogativa.

Max soltó un suspiro y exclamó:

—Yo no les seguía a ustedes.

—¿Qué estaba haciendo en el piso doce? —interrogó Leslie.

—Iba detrás de otra persona.

—¿De quién? —preguntó ella sorprendida e interesada.

—Yo qué sé... Le hubiera dado alcance de no intervenir... «tan oportunamente su primo».

—Está mintiendo. Ahora lo dice para confundirnos —exclamó Leslie incorporándose.

—Su primo es muy desconfiado, señorita Doris. Lo siento por él. Yo sólo digo las cosas una vez. Si no me creen, ya no es asunto mío.

Max no había perdido su sonrisa, que parecía consustancial a su físico; sin embargo, su voz sonaba más dura, más autoritaria, sobre todo cuando se refería a Leslie.

—¿No ha reconocido a la persona a la que seguía? —inquirió ella.

—Yo tengo mi opinión sobre el particular, pero ahora me falta la prueba.

Hizo una pausa y añadió:

—Bueno. Creo que el hombre que intentaba entrar en su apartamento, Doris, es el mismo que anoche estuvo a visitarla

después de que yo me hube marchado.

—¿Se refiere a Dalmo?

—Yo no sé cómo se llama.

—Sólo estuvo Albert Dalmo —repitió ella mirando a su primo.

—Un tipo más bien bajo, de rostro enjuto y ojillos pequeños.

—Más o menos es así —replicó Doris.

—Pues era él.

—¿Dónde estaba? —preguntó Leslie.

—En la puerta. No sé si la estaba forzando o simplemente escuchaba. Me vio a mí y desapareció corriendo, y cuando alguien huye de algo, es porque su conciencia no está demasiado tranquila.

—¿Y usted por qué le seguía?

—Ésta es otra cuestión —replicó Max.

Leslie le miró fijamente.

—Venga —pidió Doris—. Vamos a mi apartamento. Creo que los dos necesitan un trago.

—Conteste primero a la pregunta que le ha hecho mi prima, *Cross*. ¿Por qué seguía usted a Dalmo?

Maxwell miró alternativamente a los dos primos.

Sonrió como si de repente se encontrara vencido.

—Yo hago mi trabajo, ¿comprenden? —dijo al fin.

—¿Qué trabajo? —insistió ella.

—Soy detective privado —aclaró lentamente Max—. Me pagan para que vigile y proteja a la señorita Doris Larman. ¿Lo comprenden ahora?

Y tras sus palabras se produjo un prolongado silencio.

Doris parecía no dar crédito a las palabras de Max.

CAPÍTULO XI

Estaban sentados en el *living* espacioso y bien amueblado del apartamento de Doris.

Ella había preparado unos *whiskys*.

Leslie tomó un sorbo y preguntó:

—Y ahora estamos esperando que nos diga quién le paga a usted.

—Eso no puedo hacerlo mi querido señor Leslie Garret. Pero si quiere ver mi licencia, está en regla...

—Entonces —intervino ella—, todo su interés por acercarse a mí...

—Bueno, no tengo por qué ocultarlo. La mejor manera de vigilar y proteger a una persona es estando a su lado permanentemente, o al menos el mayor número de horas posible, y en mi caso estar junto a usted, Doris, es un auténtico placer.

—¿Por qué no me lo dijo ayer? —inquirió ella.

—Dentro de lo posible, me recomendaron guardar el secreto, pero no era condición indispensable, y puesto que ustedes parecían dudar de mí... He pensado que era mejor poner las cartas boca arriba.

—¿Y esto es... desde hace una semana? —murmuró ella.

—Ocho días, para ser más exacto —aclaró Max.

Se hizo otro silencio.

—La policía podría obligarle a decir el nombre de la persona que le paga, *Cross* —espetó Leslie.

—Es posible, y a la policía estoy autorizado a decírselo. Pero sólo a la policía.

—Mi prima es la interesada —replicó tajante y molesto Leslie.

—De acuerdo, y debería sentirse agradecida de que la protegieran. Sobre todo después de lo ocurrido a... otras compañeras suyas.

—¿Eh? Entonces... ¿está al corriente? —preguntó ella más extrañada todavía.

Max sacó la libreta que hojeara la noche anterior y leyó los nombres de las tres víctimas.

Lisboa, Venecia y París.

Mencionó los tres asesinatos y agregó:

—Alguien piensa que usted puede ser la cuarta y por eso me ha enviado a mí para protegerla. Es todo cuanto puedo decirles.

Después de otro silencio Leslie se sirvió un generoso trago.

—¿Qué podía buscar Dalmo aquí? —susurró ella como si hablara consigo misma.

—Eso lo puede saber usted mejor que nadie —contestó Max.

—No. De veras no lo sé.

—Entonces se lo preguntaremos la próxima vez que aparezca, y por si yo no anduviera por aquí, llámeme. Le dejaré mi número del hotel. Puesto que ahora ya conoce cuál es mi misión... —Sacó una tarjeta del bolsillo y anotó un número con el bolígrafo.

Dejando la tarjeta sobre la mesa recalcó:

—Recuerde bien mi número, Doris, y mejor que no tenga que usarlo... porque corra peligro.

Leslie que estaba junto a los ventanales se volvió.

—Doris —espetó—. Esta noche con tu permiso voy a quedarme aquí... Así estarás protegida de veras.

Se volvió hacia el detective y añadió:

—Cómo ve, *Cross*, sus servicios dejarán de tener objeto.

—Lo siento, Garret. Desde luego si Doris le autoriza a quedarse yo no puedo oponerme, pero seguiré cumpliendo las instrucciones recibidas.

Hizo una pausa y añadió:

—Aunque particularmente, opino que no debería quedarse.

—Éste no es asunto suyo —contestó airadamente Leslie y, mirando a Doris inquirió—: ¿Qué opinas tú?

—Bueno. La casa es grande, pero sólo hay un dormitorio y...

Leslie la cortó:

—El sofá. Puedo dormir aquí.

—Insisto en que no debería hacerlo —se opuso Max.

—¿A usted qué le importa todo esto? —terció Leslie visiblemente molesto por la intervención de Max.

—Pues sí... Porque la mejor manera de atajar un peligro y cortarlo de raíz es descubrir lo que lo produce, ¿comprende?

—Usted pretende detener a un presunto asesino, ¿no es así? —inquirió Leslie.

—Exacto. Mejor que proteger a Doris, sería preferible apresar a la persona que pueda tener interés en perjudicarla, o... matarla. Y esa persona no se presentará si sabe que hay alguien en la casa.

—Tiene razón —adujo ella.

—¡Un momento! —intervino nuevamente Leslie—. Usted pretende que se quede sola.

—Exactamente.

—¡Para que sirva de cebo! —exclamó Leslie—. Es lo que él quiere... ¡Que sirvas de cebo para el asesino...!

—¿Cree... que está en Nueva York? —murmuró ella que había palidecido.

—Es posible.

—¿Se trata de Vincent Martín? ¿Le previnieron contra él? —preguntó otra vez Leslie.

—No se alarmen. Yo no sé nada. Todo son suposiciones. Si los otros tres crímenes tienen algo en común, usted puede ser la cuarta víctima y es lógico suponer que el asesino sienta deseos de terminar cuanto antes su trabajo.

Doris sintió nuevamente cómo un escalofrío le recorría su columna vertebral.

—¡No te dejaré! —exclamó Leslie.

—¿Tiene miedo, señorita Doris? —sonrió muy serenamente Max. Ella le miró el rostro.

Max seguía inspirando aquella profunda confianza. Algo que Leslie a pesar de su buena voluntad no conseguía.

Sí. Con Max ella parecía sentirse más segura, más protegida, y ahora mirándole tenía la sensación de que él estaba completamente convencido de que si ella servía de cebo nada malo le ocurriría.

—¿Cree que debo quedarme, Max? —preguntó Doris.

—Piénselo bien antes. Pero piénselo sola. No se deje influenciar por nadie. —Y miró significativamente a Leslie.

—Bueno. Yo no quiero mezclarme —replicó su primo—. Después de todo es cosa tuya, pero yo no deseo que te ocurra nada malo y pienso que primero deberías consultar con la policía.

—Ya hemos ido a la policía, Leslie —replicó ella mirando a Max con una extraña fijeza.

—Bien. Yo les dejo. Y avíseme si vuelve ese Dalmo. Sería interesante saber qué diablos busca. Siento interés por él desde que anoche le vi subir y me fijé que iba a su apartamento. Él pensó sin duda que no reparaba en su presencia, pero lo que más me llamó la atención fue que estuviera en la calle y me siguiera con la mirada hasta que entré en el hotel.

Ella como recordando algo adujo:

—Anoche cuando regresó usted por su mechero...

—Nunca me olvido el encendedor —replicó rápido y sonriente Max—. Vine simplemente para ver lo que ocurría aquí, y para saber si usted estaba bien. Es mi misión. Mi grata misión.

Y sin añadir palabra se dirigió hacia la puerta. Poco después salió dejando solos a los dos primos.

CAPÍTULO XII

El teniente Smith les hizo esperar unos diez minutos y después les recibió.

—Precisamente quería avisarles —dijo apenas Doris y Leslie se hubieron sentado.

—¿Tiene noticias? —preguntó él.

El policía asintió:

—Sí. Ya ve que hemos ido deprisa. Claro que esto es gracias a las comunicaciones que existen en nuestra era. Lástima que haya que utilizarlas por asuntos tan desagradables... Pero vayamos a lo que interesa.

Smith consultó unos informes y explicó:

—Un tal Vincent Martín, ex artista de variedades que fue condenado en Londres en el año 1966, salió en libertad a finales del mes de junio pasado.

—¡Junio! —exclamó ella.

—Es cierto —replicó Leslie—. ¡Y el primer asesinato se cometió en...!

Ella concluyó:

—En el mes de julio.

—Eso puede tener su lógica. Vincent necesitó primero enterarse de dónde estaban cada una de sus ex compañeras...

—¿No creen ustedes que hacen conclusiones precipitadas? —interrumpió Smith sonriendo benévola.

Parecía como el maestro ante los alumnos que están confundiendo la lección.

—Si Vincent Martín no es el asesino... ¿quién puede ser?

Smith tomó otro de los papeles de la misma carpeta y murmuró:

—Tengo la historia resumida de esos tres asesinatos de que ustedes me hablaron cuando vinieron a visitarme.

Nombró a cada una de las chicas muertas violentamente y

añadió:

—Sí. Realmente es una gran coincidencia.

—¿Detuvieron al asesino? —quiso saber Leslie.

El policía negó con la cabeza.

—Al menos en los informes que me han sido facilitados no consta ninguna detención en firme.

—¿Se tiene alguna pista?

Smith volvió a negar.

—Fue él... —insistió Leslie—. Y créame que me cuesta admitirlo. Era un compañero de profesión y cuando le despidieron lo sentí... Pero después que atentó contra las chicas le perdí toda la consideración que me inspiraba.

—¿Saben dónde está? —terció Doris.

—Pues no exactamente. Aunque sabemos que embarcó en un avión rumbo a... a Nueva York precisamente.

—¡Está aquí! —exclamó Doris.

—He hablado con los de la oficina de inmigración. No está registrado. Entró sin duda como turista, pero se desconoce su paradero. Éste es un país libre y cada cual puede ir donde quiera sin ser molestado.

—Incluso los asesinos —espetó Leslie.

—Bueno, nadie es culpable hasta que se demuestre lo contrario —replicó Smith recordando el principio de las leyes.

—¿Protegerá a mi prima, teniente? —inquirió Leslie.

—Sí. Pero espero una fotografía de ese Martín a través de la radio.

—Leslie... Recuerda lo que dijo Max —arguyó ella.

—¡Sí! Tenemos que hablar al teniente de ese detective.

—¿De qué detective? —inquirió Smith.

Entre Leslie y Doris se dispusieron a poner en conocimiento del teniente Smith de la intervención en el asunto del detective privado Maxwell Cross.

El hombre de la gabardina *beige* y sombrero oscuro que a primeras horas de la tarde había llamado desde una cabina pública de Central Park estaba situado en un bar cerca del edificio donde Doris tenía el apartamento.

Terminó lo que estaba bebiendo y se dirigió hacia un teléfono de pared del mismo establecimiento. Introdujo unas monedas en la

ranura y marcó un número.

El timbre sonó en el apartamento de Doris, pero nadie cogió el teléfono porque la muchacha junto con Leslie seguían en el puesto de policía.

El hombre volvió a colgar.

Al salir de la cabina uno de los faroles de la casa arrojó la luz sobre su rostro.

El hombre se echó hacia atrás el sombrero.

Algo más envejecido, cualquiera de los que le habían conocido en sus buenos tiempos hubiesen podido reconocer en él a Vincent Martín.

Había una expresión dura en su mirar; era el suyo un rostro amargado.

Volvió a encasquetarse el sombrero y dobló la primera esquina.

Caminaba con paso rápido, mezclándose con la gente que se dirigía a sus hogares.

Un reloj señalaba las siete y quince minutos.

Cinco minutos más tarde Martin llegaba a la acera de enfrente del edificio donde vivía Doris.

Estuvo observando unos momentos, después se decidió a cruzar la calle.

Entró por la puerta principal, pasando por delante del quiosco acristalado del conserje que en aquellos momentos no estaba.

Subió con uno de los ascensores automáticos.

Nadie le había visto.

CAPÍTULO XIII

Max había perdido casi una hora llamando a un buen número de hoteles.

Al fin consiguió encontrar el que estaba buscando.

Sacó el coche del garaje del Dorian y enfiló calle arriba doblando a la cuarta travesía.

Cinco minutos después corría por la Sexta Avenida en dirección norte.

Otras cinco manzanas y esta vez a la izquierda.

Allí estaba el Carven-Hotel. Era un edificio de treinta plantas y el hotel ocupaba ocho de ellas con entrada privada.

Fue directamente a la telefonista.

—¿Quiere llamar a la habitación del señor Dalmo? —rogó con su habitual amabilidad.

—Un momento —pidió la telefonista.

Unos segundos y Max comprobó que la muchacha colocaba la clavija en el número 536.

—¡Espere! —dijo—. Me he olvidado una cosa. Volveré enseguida. No le llame todavía, a lo mejor me retraso unos momentos.

—Como guste —replicó la muchacha.

Max ya sabía lo que deseaba. La habitación de Dalmo era la 536, lo que equivalía a quinta planta, puerta 36.

Subió con el ascensor manejado por un empleado y se apeó en el quinto piso.

Buscó la habitación y en cuanto estuvo delante de ella llamó con los nudillos.

Al cabo de unos instantes apareció Dalmo en la puerta. Al verle, su primera intención fue cerrar, pero Max tenía el pie en el marco y la puerta no pudo seguir.

—¿Qué es lo que usted pretende?

—Casi, casi usted y yo ya somos viejos amigos, ¿eh?

—No le comprendo... ¿Qué quiere usted?

—Charlar. Pero no se asuste... No voy a hacerle ningún daño, si me dice todo lo que deseo saber.

—Yo no le conozco a usted —musitó Dalmo—. Váyase o llamaré a la policía...

—No lo hará... Tendría que explicar demasiadas cosas —sonrió Max con absoluta seguridad.

Dalmo vaciló.

—¿Qué es lo que quiere? —insistió.

—Últimamente nos hemos visto en varias ocasiones en el mismo sitio.

Dalmo no replicó.

—¿No lo recuerda? Sí... Estoy seguro que me ha reconocido enseguida... Yo le haré memoria... Esta misma tarde en el corredor del piso doce de cierto edificio.

Mutismo de Dalmo.

—Bien, amigo... Dígame qué quiere de la señorita Doris y le dejaré en paz.

—Somos amigos. Ella trabajó en uno de mis locales. Si usted la conoce le habrá hablado de mí. Pregúntele.

—Sí, sí. Ya sé que usted es propietario de salas de fiestas... Pero lo que yo le pregunto es qué estaba haciendo en su puerta hace cosa de dos horas.

—Yo... Fui a verla.

—Ella no estaba.

—Ya lo sé.

—¿Qué hacía entonces allí?

—Llamé y esperé a que abriera.

—Es usted muy paciente porque por lo menos esperó veinte minutos. Mucho rato es éste, ¿no?

—Mire, señor...

—Cross.

—Señor Cross, yo... no tengo nada que ocultar. Yo... yo sólo fui a verla.

—Yo estaba en la calle, vigilando la entrada de aquel edificio cuando usted subió. Sabía que ella no estaba y por esto me extrañó que después de tanto rato usted no bajara de nuevo. Así que me

decidí a subir para comprobar si usted había ido donde yo me figuraba, y efectivamente le encontré allí.

Dalmo iba a protestar, pero Max le atajó con un ademán y prosiguió:

—Pero hay más. Usted sabía que Doris no estaba porque primero estuvo en la tienda de la calle Cincuenta.

Dalmo palideció.

—Había ido para verla, pero salió acompañada y pensé que era mejor dejarlo.

—Por eso la siguió en un taxi un trecho hasta que vio que se alejaban. Entonces optó por dejar de seguir les.

—¿Cómo sabe usted...?

—Porque también estaba allí, igual que usted, pero seguramente con otros proyectos, pero ésta es otra cuestión.

—Me siguió usted a mí.

—Exactamente.

—No estaba en la puerta de entrada del edificio donde vive Doris...

—No. Le seguí a usted intrigado por ese afán suyo de observar la tienda. Así que le vi subir y aguardé... ¿Qué pretendía usted, Dalmo?

Tras alguna duda el hombrecillo espetó:

—No tengo por qué darle a usted ninguna explicación. ¿Es policía por casualidad?

—No. No lo soy.

—Pues entonces no tiene ningún derecho a interrogarme.

—Puedo atribuirme ese derecho, Dalmo... —Y golpeé amenazadoramente la palma de su mano izquierda con el puño derecho.

Dalmo retrocedió.

—Me está amenazando.

—Y cumpliré mi amenaza si usted no habla pronta, Dalmo.

—Pero ¿por qué se mete conmigo?

—Porque han muerto ya tres mujeres, jóvenes como Doris y ex compañeras suyas... porque Doris puede ser la cuarta, porque me pagan para protegerla y ¡porque soy muy curioso!

El tono de Max había ido creciendo y volviéndose cada vez más tajante, más autoritario, más duro.

A medida que hablaba avanzaba hacia Dalmo que ya no tenía más espacio para retroceder y quedó con la espalda apoyada contra la pared y la expresión de terror reflejada en su rostro.

—Oiga... Yo, bueno. Le diré por qué estaba allí. Es... es una tontería. Yo...

—Hable —invitó con una sonrisa Max.

—Bueno... Estoy tratando de convencer a Doris para que trabaje otra vez para mí.

—¿Le habló a ella?

—Sólo le dije que pensaba abrir una sala aquí.

—¿Y del trabajo?

—Se lo insinué.

—Y ella no quiere.

—Temo que no.

—¿Pretende obligarla?

—Oh, no...

—Entonces...

—Me gusta Doris, ¿sabe usted? Siempre me gustó... Es una chica distinta, tiene clase. No es de las que se deja invitar por cualquiera. Cuando trabajaba para mí, al concluir el espectáculo regresaba siempre a su casa... acompañada por ese entrometido de su primo.

—¿No le gusta Leslie Garret?

—No. Es un don nadie. Nunca llegará a triunfar, nunca pasará de ser una medianía. Y me imagino que si ahora la ronda otra vez es por conseguir su dinero.

—¿De qué forma?

—Casándose con ella. Son primos, pero en segundo o tercer grado... Él es su única familia y siempre se han llevado bien.

—Y usted se siente celoso.

Dalmo bajó los ojos. De sus pálidas mejillas brotaron unos incipientes colores.

Parecía el niño malo sorprendido en una de sus diabluras.

—¿Y qué pretendía, Dalmo? ¿Qué quería hacer esta tarde?

—Pues no sé...

—Entrar.

—Sí. Intenté entrar.

—Entrar en una vivienda forzando la cerradura es un delito, y más si el dueño no está.

—Yo no pretendía robar nada... Únicamente estar allí, entre las cosas de Doris, acariciar su ropa, sus, sus... Bueno, usted tal vez no pueda comprenderme.

—Creo que sí —replicó Max.

El rostro de Dalmo había sufrido la enésima mutación. Ahora parecía embelesado hablando de Doris, sobre todo del modo con que aseguraba gustar de acariciar todo cuanto le pertenecía a ella.

Max pensó que si aquel hombre no mentía, era un fetichista o un loco.

Tras aquel porte, no por insignificante carente de elegancia, se escondía un alma enfermiza.

—Doris es adorable... adorable. Daría cualquier cosa por hacerla mía. Convertirla en mi esposa.

—¿Cree que ella le aceptaría? ¿Se lo ha propuesto?

—No. Ya sé que soy poco para ella.

—¿No será que usted busca su dinero?

Dalmo enrojeció de ira. Aquellas palabras le sonaron como un insulto atroz.

—Yo no soy tan rico como ella, pero gracias a Dios no tendría que utilizar para nada su dinero para darle la vida que está acostumbrada a llevar.

—Está loco o enfermo, Dalmo. Hágase visitar por un médico.

Max dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Junto a la pared Dalmo permanecía acurrucado.

Max todavía añadió antes de salir:

—¿No me diga ahora que ha venido de Londres exclusivamente para ver a Doris?

—No... Pero pensé en ella y fue lo primero que hice en cuanto llegué. Verla.

—Está bien, Dalmo. Tenga cuidado, y no la moleste, podría tener algún disgusto.

Tras esa última advertencia, Max traspuso el umbral de la puerta alejándose hacia el ascensor.

CAPÍTULO XIV

El teniente Smith de la doceava brigada de la policía de Nueva York aseguró:

—Hablaré con ese detective. Entretanto pueden regresar a sus casas. Y desde luego es mejor dejar a la señorita sola. Si el asesino ronda la casa no se atreverá a entrar si sabe que ella está con alguien.

—Es exactamente lo que dijo Max... el detective —replicó ella.

—¿No encuentra raro, inspector que no haya querido revelar el nombre de quien le paga para proteger a Doris?

Smith se encogió de hombros.

—Ya le he dicho que hablaría con él. Comprobaré si lo que dice es verdad. En cuanto a usted, señorita, le repito lo que le dije antes. No confíe en nadie.

—Lo tendré presente, teniente —prometió ella.

El policía recordó un detalle importante.

—Según mis referencias, esas tres ex compañeras cuyas cuyos asesinatos están por aclarar todavía, es evidente que se confiaron a alguien. Lo cual indica que la persona que las vio por última vez con vida, o sea el asesino era de su confianza.

Consultó unos datos y añadió:

—A la Spadaro, de nacionalidad italiana, parece ser que un hombre la llamó por teléfono solicitándole una entrevista y ella accedió sin reparos. Esa cita resultó ser fatal para ella. Y lo mismo parece que ocurrió con la irlandesa ahogada en uno de los canales de Venecia.

Dejó los papeles y concluyó:

—En estos casos, si el asesino es la misma persona, tratará de sorprenderla. Es posible que usted le conozca y no sospeche de él, y en consecuencia le franquee la entrada. Mucho cuidado, señorita.

—Pero si es Martín... —empezó ella.

—Sea quien fuere que la llame, póngalo en mi inmediato conocimiento. Desde luego, dentro de poco tendrá a alguien vigilando su casa. No pretenda averiguar quién es porque lo camuflaremos de modo de que, caso de que este asesino la busque a usted quede confundido.

—Tiene razón el teniente —replicó Leslie tomando a su prima del brazo ya dispuestos a salir.

Y añadió:

—Yo tampoco estaré lejos, y ojalá quien quiera que sea se decida a actuar de una vez para que termine para siempre esa pesadilla.

Salieron de la brigada para dirigirse al apartamento de Doris.

—Subiré un momento contigo. Creo que estaré más tranquilo en cuanto vea la casa vigilada.

—El teniente ha dicho que no hiciéramos nada...

—Por la noche no circulan muchas personas —atajó él—. No será difícil descubrir al hombre que Smith te asigne.

Con el coche de alquiler de Leslie llegaron frente al edificio.

No había aparcamiento y ella bajó primero.

—Lo dejaré en donde pueda —dijo él—. Sube tú entretanto.

Se alejó mientras ella se dirigía hacia el ascensor.

El conserje la saludó con una sonrisa al tiempo que murmuraba:

—Buenas noches, señorita Larman.

Ella se dirigió hacia el ascensor.

Arriba, en algún lugar un hombre que había entrado sin ser visto esperaba. Era Vincent Martín.

El ascensor la dejó en el piso doce.

Ella caminó con paso seguro hacia la puerta de su apartamento.

No había nadie en el corredor y brillaba la misma luz de siempre. Ni excesiva, ni demasiado tenue.

Introdujo la llave en la cerradura.

Una de las puertas de los extremos, que comunicaban con la escalera se movió ligeramente.

Doris no se dio cuenta. Dio la vuelta a la llave y empujó la puerta del, apartamento.

Cerró seguidamente y se dispuso a preparar un *whisky*.

Cuando Max dejó a Dalmo, se dirigió rápidamente a una oficina enclavada en Brooklyn.

Por la cantidad de mesas podía deducirse que durante las horas hábiles allí trabajaban por lo menos una docena de personas, aunque en aquellos momentos sólo había un hombre bastante atareado.

—Menudo trabajo me has dado, Max —dijo el individuo.

Era un tipo entrado en años, pelo cano y arrugas en el rostro, pero con una acusada personalidad que le destacaba como hombre dinámico, ágil de pensamiento.

—¿Lo conseguiste, Joe?

—Aquí tienes lo que me pediste —replicó el llamado Joe, entregando un abultado sobre—. Dentro encontrarás todos los datos.

—¿Está todo? —insistió Max.

—Sí, Max, absolutamente todo. Y nunca habíamos realizado un trabajo como éste... Hemos tenido que consultar a todas las compañías aéreas y les hemos hecho buscar las listas de los pasajeros, en fin... ¿Por qué tengo que hacerte propaganda?

—A propósito. ¿Y lo de Nueva York?

—Sí. También están los vuelos que te interesan. ¿Algo más?

—Gracias, Joe. Espero que sirva.

—¡Vaya un consuelo! A ver si después del trabajo acabas tirando todo esto a la basura.

—Adiós, amigo. Tengo mucho trabajo. Cualquier día tomaremos juntos un par de copas.

—Yo no tengo tiempo, sobre todo cuando aparecen pelmazos como tú.

Max saludó cariñosamente a Joe y se alejó de la oficina dejando a su amigo enterrado en una montaña de papeles.

Silbando una tonadilla. Leslie pasó por delante del conserje que estaba consultando el reloj.

—¿Cuándo termina su turno? —le preguntó.

—Dentro de veinte minutos exactamente. La escalera queda cerrada automáticamente.

—¿Y no hay portero de noche?

—No, señor. ¿Desea algo?

—Quisiera que comprara un par de botellas de champaña y algunas cosillas. Hay un restaurante a un centenar de metros.

—Sí, señor. El Luxus.

—Exacto. —Y Leslie sacó unos billetes del bolsillo y entregó uno de veinte y otro de cinco al portero.

—Tome. Encargue una buena cena y... quédese la vuelta. A lo mejor le entretienen un poco...

—¡Oh, señor...!

—Ya sabe, piso 12, apartamento de la señorita Larman.

—Lo recuerdo, señor. Subió usted ayer.

—Sí... ¡Ah! Dese prisa. Estamos hambrientos.

El portero a la vista de la propina que le esperaba no escatimó las reverencias.

Leslie se dirigió al ascensor para subir al piso de Doris.

Max dejó el coche en el garaje del hotel y volvió a la calle. Cruzó la calzada y observó que en el quiosco acristalado del conserje no había nadie.

Cruzó de nuevo y observó la luz del piso 12, concretamente en las ventanas correspondientes al apartamento de Doris.

Dudó unos instantes y optó por entrar a su hotel.

Poco después desde una de las ventanas de su habitación observaba el piso de la joven.

Dos de las cuatro ventanas permanecían iluminadas. Una de ellas con las cortinas livianas permitía ver a la gente que se movía dentro un poco difuminada.

Eran un hombre y una mujer.

Doris y Leslie.

En el apartamento de Doris ella exclamó:

—¡Champaña! ¿Es que te has vuelto loco? Deberías irte... Dentro de poco van a cerrar el portal, y es posible que el teniente mande la vigilancia que ha prometido.

—Tengo ganas de cenar contigo. Una cena íntima, me encanta. El portero tardará todavía un poco. Voy a prepararme otro *whisky*.

Sonó el teléfono y lo tomó la propia Doris.

—¿Quién es?

Al otro lado del hilo una voz de hombre pidió:

—Perdone... ¿Está aquí Leslie Garret? Me dio este número. Espero no haberme confundido.

—Sí. Un momento. ¿Quién le llama? —preguntó ella.

La voz contestó:

—Sidney. Él ya sabe de lo que se trata.

Doris informó a su primo de aquella llamada.

—Un tal Sidney pregunta por ti.

—¡Oh! —Leslie se llevó las manos a la cabeza.

—¡Qué pesado! Dile que no estoy... Que me he muerto. Ahora no tengo ganas de charlar con ese tipo.

—¿Quién es?

—Me prometió buscarme algo, pero no confío en él. Además, prefiero cantar en el extranjero. Es por los impuestos, ¿sabes?

Ella se puso al teléfono y permaneció unos momentos hablando con el tal Sidney y al fin ofreciendo el auricular a Leslie, murmuró:

—Dice que es muy importante. Yo creo que deberías ponerte.

Leslie hizo un mohín de disgusto y al fin tomó el aparato.

—Oye, Sidney, ahora no puedo... Sí, sí, de acuerdo, te di este número de teléfono para casos de emergencia... ¡Hombre! ¡A estas horas no...!

Esperó. El otro hablaba bastante deprisa.

—¿Qué...? ¿Es cierto lo que estás diciendo? ¡Oh, oh! Esto cambia las cosas, pero justamente hoy...

Jugueteando con el aparato situado debajo del teléfono había conectado el reproductor magnetofónico. Parecía no darse cuenta de nada y su rostro experimentó un súbito cambio.

Cuando colgó dio un salto ante el asombro de Doris.

—¡Bueno! Suelta la noticia, y no me digas que es mala porque no voy a creerte.

—¡Primita! La fortuna ha llamado por fin a mi puerta. Ese Sidney no es tan idiota como parece. Si la mitad de lo que me ha dicho es cierto, me ha conseguido un contrato por un año en una cadena de salas de primera categoría... Algo fabuloso.

Hizo una pausa.

—Lo lamentable es que tendremos que aplazar esta cena.

—Por mí no te preocupes.

—Es que tengo que firmar los contratos —sonrió—, antes de que el gerente de la cadena de *nights-clubs* se arrepienta.

Consultó su reloj.

—¡Oh! Dice que tengo que estar allí dentro de diez minutos... Pero antes algo importante —añadió como si acabara de acordarse de algo.

Fue de nuevo hacia el teléfono. Descolgó y marcó. Esperó unos instantes hasta que le contestaron:

—Aquí Brigada 12.

—Soy Leslie Garret, primo de la señorita Doris Larman. Quisiera hablar con el teniente Smith.

—Ha salido en estos momentos. ¿Quiere dejar algún recado?

—No. Únicamente quería saber si ya ha llegado el hombre que prometió para que vigilara la casa.

—No sé... Es un asunto que lleva él personalmente. Espere unos instantes. Voy a consultar.

—Dese prisa, por favor —rogó Leslie.

Esperó un par de minutos. El policía respondió al fin:

—Lo siento... No puedo decírselo. El teniente no ha dicho nada al respecto, pero dentro de un cuarto de hora estará ya de vuelta.

—Está bien, si puedo llamaré. Ahora sólo quería decirles que voy a salir del apartamento de mi prima. Va a quedarse sola, y yo habría estado más tranquilo de saber que la casa estaba vigilada.

Ella hizo un mohín como queriendo indicar que no tuviera cuidado de nada, porque nada iba a ocurrir.

—Bien... —repitió Leslie después de escuchar la réplica del policía que estaba al otro lado del hilo—. Ahora son las ocho y cuarenta y cinco. La puerta de la entrada va a quedar cerrada a las nueve, espero que para entonces el teniente haya mandado a alguien.

—Le pasaré su encargo en cuanto regrese... Buenas noches, señor Garret.

Colgó el policía y colgó también Leslie.

Momentos después se despedía de su prima.

—Te llamaré más tarde si me es posible.

—Suerte —deseó ella.

Salió del apartamento y bajó por el ascensor.

Cuando pasó por delante de la conserjería, el encargado todavía no había regresado.

Leslie se asomó a la calle.

El tránsito había disminuido y apenas transitaba nadie.

Desde su ventana, Max vio cómo Leslie se alejaba hasta cruzar la calle y perderse.

El detective se volvió.

Frente a él, con los documentos que poco antes había recibido en Brooklyn, estaba el teniente Smith.

—Buen trabajo —dijo el policía.

—Bien, teniente... Tengo que irme —replicó Max.

—¿Está seguro de...? —insinuó Smith.

—Es una corazonada.

Abrió la ventana y se asomó a la calle.

Estuvo observando un buen rato sacando el cuerpo fuera para ver el máximo posible. Al final volvió a cerrar.

—Bien, *Cross*, seguiremos su plan y espero que dé resultado.

Max se enfundó la gabardina y se caló el sombrero.

—¿Dónde están sus hombres? —inquirió el detective.

—Bien camuflados. Desde dónde están pueden ver perfectamente la entrada.

—Yo voy a dar las buenas noches a Doris. Así echaré el último vistazo.

—Le espero, *Cross*. La línea del teléfono de la señorita está intervenida. Cualquier llamada será controlada y se sabrá de dónde procede. Deje su número por si en mi ausencia ocurría algo.

El teléfono sonó en aquellos momentos.

Max lo tomó.

—Para usted.

El policía tomó el auricular. Escuchó unos instantes y después de hablar unas palabras, colgó manifestando:

—Se ha recibido una llamada para Leslie Garret.

—Seguramente la que le ha hecho salir —murmuró Max.

Definitivamente salió de su habitación en el hotel.

CAPÍTULO XV

La luz del edificio se apagó de golpe y Doris no pudo evitar un sobresalto.

No eran frecuentes las averías, aunque algunas veces se fundieran los plomos.

Ella abrió la puerta del apartamento y miró el corredor para comprobar si la avería era sólo en su apartamento o general.

El corredor estaba igualmente a oscuras.

Sintió un escalofrío y al volverse creyó adivinar que alguien se movía en el extremo del pasillo y avanzaba hacia su puerta.

La sangre se heló en sus venas cuando escuchó claramente el rumor de una respiración y el pisar de unos zapatos.

Se metió dentro y cerró, buscando el doble seguro para evitar que nadie pudiera abrir por la parte de fuera.

Apoyada a la puerta escuchó unos instantes.

Aguzando el oído adivinó de nuevo aquel sonido inconfundible de unos pasos acercarse.

—¡Dios mío! —exclamó en un susurro.

La persona que avanzaba debía estar ya muy cerca de la puerta.

¡Y la luz seguía sin venir!

Abajo, en el vestíbulo, Max se encontró sin poder utilizar el ascensor.

Sacó una pequeña linterna de su bolsillo y se decidió a subir a pie los doce pisos.

La «persona» estaba a unos cinco metros de la puerta.

Tal vez a cuatro.

Seguía avanzando.

Tres metros.

Max subía rápidamente. En grandes zancadas alcanzó la primera planta y se encaminaba ya hacia la segunda.

Los pasos que Doris había percibido se habían detenido. A través de la puerta ella pudo oír el respirar de una persona que parecía estar al acecho.

La joven, por el contrario, intentaba contener su respiración como si le asustara el más leve sonido que ella misma podía hacer.

—Doris. Abre la puerta. No tengas miedo. Soy yo —dijo una voz tenue, hablando muy bajito.

Ella sintió un nuevo sobresalto. ¡Conocía aquella voz!

O acaso fue solo un presentimiento.

—Soy Martín... Tengo que hablarte. Corres un grave peligro...

—Vete, Vincent. Vete. La calle está vigilada. Te cogerán... Tienes tiempo de escapar.

—Yo no quiero escapar, Doris. Abre y te contaré algunas cosas que tú ignoras.

Ella guardó silencio. Pensaba, pensaba... ¡Vincent Martín estaba al otro lado de la puerta!

¡Vincent Martín!

Sólo podía hacer una cosa. Llamar por teléfono.

A pesar de conocer perfectamente la distribución de los muebles, tropezó varias veces al dirigirse hacia la mesita donde estaba el aparato.

Lo descolgó.

Buscó una caja de cerillas para marcar el número.

No acertó a encontrarla y perdió unos segundos que le parecieron eternos.

Al otro lado Martín golpeó la puerta.

Max estaba en el piso sexto.

Alumbrándose con un fósforo que había conseguido encender después de que el resto le cayera por el suelo, Doris se dispuso a marcar.

Pensó en Max. Él estaba más cerca que nadie para ayudarla y se decidió a marcar su número.

Después de marcar las cifras correspondientes, escuchó el sonido inconfundible de que el teléfono estaba comunicando.

Y en efecto. Al otro lado del hilo el teniente Smith estaba hablando con la brigada.

Colgó para marcar pero nuevamente dio la señal de comunicar.

La cerilla le quemaba los dedos. La soltó y se arrodilló para buscar otra. Sus manos encontraron tres o cuatro. Las cogió y prendió fuego a una de ellas.

Se decidió a marcar al puesto de policía.

—¡Oigan! ¡Oigan! —exclamó.

—¿Quién llama? —inquirió calmadamente el sargento de guardia con rutinaria actitud.

—¡Está ahí, en mi puerta! Quiere entrar...

—¿De qué está hablando?

Era tanta su excitación que ni siquiera se le había ocurrido dar su nombre.

Intentó serenarse.

La puerta iba sonando con golpes rítmicos y hasta ella llegaba la voz apagada de Vincent Martín.

—Abre, por favor... Luego será demasiado tarde.

Ella seguía al teléfono.

—Soy Doris Larman, y estoy en peligro.

Max había sobrepasado el piso noveno y acusaba el esfuerzo, pero procuraba imponer a su marcha el mismo ritmo rápido.

Tres pisos más y...

Entonces en la oscuridad del corredor apareció otra sombra.

Martin sacó una linterna del bolsillo al presentir la presencia de un nuevo personaje, pero el recién llegado levantó un brazo para descargar la mano contra la cabeza de Martin.

El ex actor y ex presidiario cayó al suelo.

Le habían golpeado con el cañón de un revólver.

CAPÍTULO XVI

Jadeante Max llegó a la planta doce.

Su linterna enfocó el corredor. ¡Estaba vacío!

Ni siquiera el cuerpo de Martin que poco antes había sido derribado.

Llegó corriendo hasta la puerta de Doris y llamó con los nudillos.

—Soy yo, Max, abra.

Ella dejó escapar un suspiro. ¡Max! Estaba salvada.

Abrió la puerta y apareció el detective.

—¡Dios mío! —exclamó ella—. ¿Le ha visto...?

—¡Cálmese! ¿Qué ha pasado? ¿A quién supone que he visto?

—A Martin. Estaba ahí fuera. Quería que le abriese.

—¿Martin?

—Sí. Era él. Vincent Martin. Me estuvo hablando Yo no le abrí. Intenté llamarle pero su teléfono comunicaba. Avisé a la brigada.

—Hizo bien, desde luego, pero... Yo no vi a nadie fuera.

—Pues estuvo y golpeó varias veces la puerta. Hace un minuto escaso que he dejado de oírle.

Max se dirigió hacia la puerta y abrió un momento. Enfocó la linterna hacia el corredor y estaba vacío.

—Aguarde. Voy a echar un vistazo.

—¡No me deje! —pidió ella.

—No tema. No me alejaré mucho... ¿Por qué diablos no arreglarán ésa avería?

—No sé...

—¿Dónde está el portero?

—Leslie le encargó que fuera a comprar algo de comer, pero luego tuvo que irse. Le llamaron por teléfono.

—Sí, ya lo sé.

—¿Lo sabe?

—Hemos intervenido su teléfono.

Seguía hablando desde el umbral. Con la puerta abierta se alejó unos metros en dirección a una de las puertas.

Ella le seguía desde la puerta, deseando que no se alejara demasiado.

Pero entretanto, por la ventana de la cocina una sombra se deslizaba desde la terraza exterior donde arrancaban algunas escaleras de incendio.

La sombra con pasos cautelosos avanzó hacia el interior de la casa.

En el corredor, Max había llegado hasta la puerta de la escalera del extremo más próximo y enfocaba hacia abajo.

—¡Max! —gritó ella.

Y casi al mismo instante una mano le sujetó la boca impidiéndole que volviera a gritar, y un revólver apretaba su espalda.

Ella se debatió entre aquella poderosa mano que la sujetaba.

Una voz susurrante pero enérgica le conminó:

—¡Quieta! No grites, y no te muevas. Tienes un revólver a tu espalda y dispararé a la menor tontería.

Max, después de haber proyectado el reflector de la linterna por la escalera, optó por regresar.

Caminó con paso decidido hasta la puerta del apartamento que todavía permanecía abierta.

Apenas cruzó el umbral un poderoso golpe le derribó.

La sombra había soltado un momento a Doris para dejar fuera de combate a Max, tendido de bruces, dentro de la casa; el extraño y misterioso visitante cerró la puerta.

Para Doris, sin embargo, la personalidad de su atacante no era ya ningún misterio porque le había reconocido.

Sí. Le costaba admitir que fuese «él». Pero lo era. Y el asesino, puesto ya fuera de combate Max, no hizo nada para disimular su voz.

CAPÍTULO XVII

La escena resultaba patética.

Obligada por el asesino, ella había encendido dos velas. La tenue luz permitía ver bien claramente el rostro del hombre.

—Tú... Leslie. Tú... ¿Es que has perdido el juicio? ¿Qué es lo que te propones?

Dentro del miedo que sentía, Doris al verse encañonada por su propio primo, pareció cobrar coraje.

—Eso es lo bueno de mi plan, querida Doris —respondió Leslie sonriendo—, que nadie puede pensar en mí como en un asesino... A fin de cuentas, ¿qué motivos tenía yo para matar a las otras?

—¡Eso! ¿Qué motivos tenías? —exclamó ella.

—Ninguno, prima, ninguno, pero era necesario acabar con ellas para que todo saliera perfecto.

—No lo comprendo. A menos que te hayas vuelto loco... ¿O es que las odiabas y me odiabas siempre a mí?

—A ellas no, querida. Sólo a ti. A ti sí te he odiado de veras... Desde que tío Henry empezó con sus estúpidos escrúpulos de conciencia. Yo hasta entonces era su brazo derecho, y como no había tenido hijos, y la única familia suya era yo...

—¿Y yo?

—Tú no contabas, Doris. Vivíais distanciados.

—Cierto, Leslie y por eso me extrañó que de repente empezara a mandarme dinero.

—Se arrepintió de algo... ¡El muy estúpido! Y a mi empezó a mirarme como a un extraño. A llamarme vago... Cambió. Estaba enfermo y cambió, y lo dispuso todo para que a su muerte su fortuna pasara a tus manos.

—Entonces es eso... el dinero —murmuró ella empezando a comprender.

—Sí, prima. El dinero... Yo soy ahora el único pariente. Tú solo

puedes usufructuar la herencia mientras vivas. En caso de muerte si tienes familia propia podrás dejarles a ellos el dinero, pero si como ocurre ahora sigues soltera, la herencia pasará al pariente más próximo que soy yo...

Hizo una pausa para añadir:

—Por lo visto a tío Henry le remordía la conciencia con frecuencia y pensó que ya que no me dejaba absolutamente nada, me ofrecía una pequeña oportunidad que como ves yo no he desaprovechado.

—Sí, Leslie... Comprendo que tu ambición te haya llevado hasta el crimen, pero lo que no entenderé nunca es por qué mataste a esas chicas.

—Ésa es mi coartada, primita... Es la tapadera que oculta mi cuarto crimen. El tuyo... Creerán que se trata de una venganza de ese desgraciado de Martín porque el juró vengarse, pero a nadie se le ocurrirá pensar que de todas esas víctimas al «asesino» sólo le interesaba una sola. Tú.

Doris procuró dominar el escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

Él apuntaba con firmeza.

—¡No! —gritó la joven.

—No tengo mucho tiempo, querida. El portero llegará de un momento a otro para conectar la luz, y vendrá la policía...

Ella pensó que ya sólo un milagro podía salvarla. Estaba a merced de su primo que empuñaba un arma y estaba dispuesto a usarla. ¡O Dios sabe cómo pensaba matarla!

Ya había dado muestras de lo que era capaz con los tres asesinatos anteriores.

Pensó en lo bien que lo había preparado todo... Fingió un gran contento y deseos de celebrar una pequeña fiesta con champaña.

¿Quién puede pensar que un hombre así representa sólo una comedia y cuyo principal objetivo es matar?

Después con ese mismo pretexto de la cena, aleja al portero y con ello puede salir y volver a entrar sin ser visto, y ya antes llama incluso a la policía diciendo la hora exacta en que se va.

—Pudiste matarme entonces... ¿Por qué tanto teatro?

—Las cosas hay que hacerlas bien, primita —replicó él acercándose al teléfono.

Conectó el grabador que había debajo conmutado al aparato y

que servía para grabar las conversaciones telefónicas que a uno le interesaba retener.

Pulsó un botón y ella pudo escuchar parte de la conversación que su primo sostuvo con un tal Sidney y que motivó su marcha. A continuación la reproducción de su llamada a la policía.

—Y por último —dijo él cerrando el contacto del reproductor—, me interesaba que si Max estaba espiando me viese salir... ¡Pse! Podía volver a entrar y por este motivo alejé al portero, pero pensé en que podían verme y preferí utilizar la puerta del callejón que da al sótano. Allí están las cajas de la electricidad. Luego, una vez todo a oscuras pasé al garaje y empecé a subir.

Amartilló el revólver y el rostro de Doris se contrajo en una mueca de terror.

Max seguía en el suelo, inconsciente por completo.

—Ellos... Max, Martin, te denunciarán... Martín podrá justificar sin duda dónde estuvo mientras tú matabas a las demás, y no te habrá servido de nada porque seguirán buscando al verdadero criminal.

—Puesto que lo dices voy a responderte algo... Al principio esto también me preocupó, pero luego me dije que era cosa suya el probar dónde estaba, por último me dije que lo mejor sería que al concluir con todas iría en su busca y le pegaría un tiro en la sien, fingiendo un suicidio. Él me ha facilitado las cosas... estando presente esta noche.

—¿Y no te has preguntado qué podía estar haciendo aquí? —inquirió ella tratando de ganar tiempo.

Antes de contestar, Leslie miró el cuerpo de Max. Se acercó, le dio la vuelta con el pie. Seguía inmóvil.

Volvió con su prima y la empujó con el cañón del revólver.

—¡Vamos, sigue! Yo te diré lo que hacía Martín aquí... Le vi en Londres. Él también sabía lo ocurrido a las otras y me confesó sus sospechas de que alguien se estaba aprovechando de lo que dijo cuando le condenaron. Después de atentar contra vosotras se ve que sentía arrepentimiento.

—Ahora pienso que debiste ser tú y no él quien atentó contra nosotras en Londres.

Leslie amplió su sonrisa.

—Exacto, querida.

—Dios mío. Se habla durante años con las personas y nunca se llega a conocerlas... No... No puedo pensar que...

Él la empujó nuevamente en dirección a la ventana.

—Martín estaba aquí porque pensaba que tú corrías el mismo riesgo que las otras. ¡Ya ves! Tenía razón. Era una buena persona y trataba de impedir tu muerte. Ahora me ahorrará tenerle que buscar.

—¿Dónde está?

—Fuera, inconsciente, cuando termine contigo le arrojaré por la terraza posterior y todo habrá terminado.

—¿Y Max?

—No me ha visto. Creerá que ha sido Martín el que me ha golpeado. O tal vez... —Pareció pensar en la posibilidad de quitarlo de en medio.

—¡No! —gritó ella—. ¡Basta de muertes! Esto no te saldrá bien, asesino.

Estaba ya junto a la ventana.

—¡Abre! —ordenó él.

—¿Quieres que salte, verdad? Igual que Fedora... No. Tendrás que matarme con el revólver.

—¿Crees que me importa acaso? Es lo mismo, la cuarta mujer, el final de una venganza. La policía lo piensa así. Cada una ha muerto de forma distinta. La tuya será ésta.

Apuntó, separándose ligeramente de Doris que quedó como paralizada.

Su dedo índice se cernió sobre el gatillo.

En aquel instante surgió una voz, la de Max.

—¡Quieto, Leslie!

Se revolvió.

Max tenía en sus manos un jarrón que arrojaba en el mismo momento de gritar.

El jarrón se estrelló en el cuerpo del asesino.

Max con un terrible impulso saltó sobre él en impresionante plancha.

Leslie cayó derribado impulsado por la terrible acometida.

Los dos hombres rodaron por el suelo luchando por la posesión del arma.

Max se incorporó ayudando a Leslie a hacerlo también. Más que una ayuda era obligarle.

Sin embargo, el asesino seguía sosteniendo el arma, mientras Max le retorció la muñeca salvajemente.

Por fin el revólver cayó al suelo.

Rápidamente el primo de Doris se inclinó para recogerlo, pero Max sin contemplaciones le soltó un terrible patadón que lanzó a Leslie hacia atrás.

Se lanzó de nuevo sobre él y sentándose a horcajadas le golpeó una, dos, tres, hasta cuatro veces.

Leslie perdió por completo la noción de las cosas.

EPÍLOGO

La contundencia de los golpes aplicados a Vincent Martin le mantenía en la inconsciencia afuera en la terraza posterior de donde arrancaban las escaleras de incendios.

Cuando despertó se habían llevado ya a Leslie.

El teniente Smith había concluido de tomar declaración a Doris que todavía estaba bajo los efectos del gran pánico que había sentido en aquellos últimos minutos que le parecieron interminables, eternos.

La avería en la luz producida por el asesino estaba ya arreglada, y el portero, también en el apartamento de la muchacha había declarado asimismo el encargo que le hizo Leslie.

Después, los agentes con el teniente abandonaron la casa. En ella quedaron únicamente Martin, Max y Doris.

—Leslie tuvo oportunidad de cometer esos crímenes aprovechando contratos —mal pagados por supuesto porque siempre ha sido un pésimo cantante—, en salas de tercera categoría. Así, cuando supo que Fedora estaba en Portugal él aceptó unas actuaciones allí. Seguramente procuró no encontrarse con ella hasta el momento preciso para que nadie les viera juntos. Luego hizo lo mismo en Venecia y después en Francia para terminar su carrera criminal aquí, en Nueva York, con la última de las cuatro y la única que le interesaba.

Era Max el que había hablado.

Martin asintió.

—Cuando murió Fedora no pensé en nada de esto, pero después al enterarme del asesinato de Maureen empecé a sospechar y hablé de ello a Leslie que entonces estaba en Londres.

—¿Cuándo se trasladó a París? —inquirió Max.

—Días más tarde cuando leímos que Mylene había tenido un accidente. Yo pensé entonces que el accidente no había sido casual,

y como Leslie estaba en Londres, aunque hubiese tenido motivos para sospechar de él mal hubiera podido hacerlo.

Max añadió:

—Entonces debió urdir el modo de quitar de en medio a la francesa.

—Sí —admitió Martin—. De Londres a París el viaje es relativamente rápido. Se mantuvo a la expectativa y actuó en el momento oportuno.

—Bueno, Vincent, creo que será mejor que dejemos a Doris. Necesita un buen descanso.

—Sí, Max. Vámonos cuando quieras.

Entonces Doris se dio cuenta de que los dos hombres se tuteaban.

—Pero... ¿Es que se conocían?

—Ya ves lo que son las casualidades, Doris —sonrió Max—. Somos primos... Y cuando ocurrió aquello yo estaba bastante lejos. Cuando regresé me puse a trabajar para que revisaran el proceso. Me costó casi dos años pero lo conseguí y logré también que le dejaran libre. Me marché de nuevo cuando empezaron a producirse los asesinatos y Martin me pidió ayuda. Nuestro objetivo era usted. ¡Ah! La policía de Nueva York ya estaba enterada. Hablé con el teniente Smith de la doceava brigada.

Doris estaba asombrada.

Max prosiguió:

—Vincent a punto estuvo de embarullarlo todo. Él no debía de aparecer para nada en esta especie de comedia montada para hacer que el asesino se confiara.

—Bueno... Yo sabía que tú habías ido a realizar algunas gestiones... Y además quería estar cerca... Deseaba atrapar a ese asesino. Yo... yo nunca os quise ningún mal, Doris, y muchas veces recordé que precisamente tú eras siempre la más dispuesta a ayudarme.

Tras una pausa añadió:

—Quería hablarte, prevenirte...

—¿Sospechabais de Leslie? —terció ella.

—Al principio, no —repuso Max—. Pero después de algunas comprobaciones llegué a saber que de un modo u otro, excepto en el crimen de París, Leslie había estado en la ciudad donde se

cometió el asesinato, actuando. Pero faltaba el motivo para cometerlos. Carecía de sentido.

—Después —prosiguió—, pedí las listas de pasajeros a todas las compañías para saber en determinadas fechas qué vuelos había tomado Leslie. Así conseguí hoy mismo una importante prueba. El nombre de Leslie Garret figuraba en la ida y en el regreso y en ese lapso de tiempo se cometían los crímenes. Los tres, porque si en París no tenía actuación cuando mató a Mylene hizo un viaje relámpago, pero no pudo dar nombre falso porque tenía que mostrar el pasaporte. Y por último, un fallo que ya de por sí es definitivo...

Max hizo una pausa, para concluir:

—Su primo, Doris, no llegó ayer como pretendió hacerle creer, sino el día antes. Posiblemente empleó ese día en observar su apartamento y vigilarla a usted un poco antes de empezar «su ataque».

—Bien pudo ser así, porque yo no le vi bajar del avión. Estaba en la sala de espera y él apareció...

—Bueno, y ahora sí nos vamos.

Quedaba todavía una pregunta por aclarar. ¿Qué papel pintaba en todo aquello Dalmo?

Si llegaba el momento Max declararía que Dalmo no era más que un enfermo sexual, un fetichista, un desgraciado, del todo inofensivo.

Después de un par de meses dio principio el proceso contra Leslie Garret.

Tres naciones solicitaron su extradición. Fue concedida a Francia por haber sido en este país donde mató a un súbdito de la misma nacionalidad.

El ministerio fiscal que representaba a la nación solicitó que Max y Doris comparecieran en el juicio.

Por aquel entonces Max y Doris ya se tuteaban.

Camino de Francia a bordo del *Jet*, Max murmuró:

—¿Ves cómo mi sino es viajar?

—Últimamente no te has movido demasiado —sonrió ella.

—Es verdad. Quizá porque empezaba a encontrarme bien en Nueva York.

—Pero tú... ¿De dónde eres en realidad?

—Yo nací a bordo de un barco que hacía la travesía de Londres a Nueva York, por tanto soy mitad inglés y mitad americano. Es mi primo que es totalmente inglés...

Y a propósito de Vincent Martín, en los periódicos que la azafata repartía, en la página de espectáculos se anunciaba al nuevo ídolo inglés Vincent Martín.

Los sucesos habían hecho sonar su nombre, y un empresario pensó sacar partido, luego Vincent demostró que a pesar del tiempo seguía valiendo. Le faltaba afianzarse, pero a poco que le dieran la oportunidad volvería a ser una figura en el mundo del espectáculo.

Tomando el periódico Max comentó:

—Me alegro por él.

—Yo también —adujo Doris.

Luego se miraron.

París estaba ya muy cerca.

¡París!

El sueño de muchos recién casados...

—Doris, estaba pensando... —empezó él.

Y siguió hablándole al oído, queda, muy quedamente.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares

EDITORIAL BRUGUERA, S

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

